

DOSSIERES BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

a la caza de mister "G"

Kelltom McIntire



FRISA

Rick Bentley se levantó muy temprano aquella mañana.

Había comprado un viejo automóvil «De Dion Bouton» en el cementerio de automóviles de Pasadena, el día anterior. Una joya de la mecánica de primeros de siglo. Inservible, desde luego. Pero Bentley era un buen mecánico y sabía cómo poner aquel viejo prototipo en condiciones de funcionar, tras lo cual no sería difícil colocárselo a buen precio a cualquiera de aquellos chalados, podridos de dinero, que solían visitar su taller con frecuencia.

La chatarra —para hablar con la verdad— le había costado doscientos cincuenta dólares, más veinte que Growley le había cobrado por llevarlo desde el cementerio de coches hasta donde Rick tenía su hotelito y una vieja nave-taller, donde pasaba los ratos perdidos montando sus antiguos cacharros sobre ruedas.



Kelltom McIntire

A la caza de mister «G»

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1298

ePub r1.0

Lds 20.07.18

Título original: *A la caza de mister «G»*

Kelltom McIntire, 1975

Cubierta: Salvador Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Rick Bentley se levantó muy temprano aquella mañana.

Había comprado un viejo automóvil «De Dion Bouton» en el cementerio de automóviles de Pasadena, el día anterior. Una joya de la mecánica de primeros de siglo. Inservible, desde luego. Pero Bentley era un buen mecánico y sabía cómo poner aquel viejo prototipo en condiciones de funcionar, tras lo cual no sería difícil colocárselo a buen precio a cualquiera de aquellos chalados, podridos de dinero, que solían visitar su taller con frecuencia.

La chatarra —para hablar con la verdad— le había costado doscientos cincuenta dólares, más veinte que Growley le había cobrado por llevarlo desde el cementerio de coches hasta donde Rick tenía su hotelito y una vieja nave-taller, donde pasaba los ratos perdidos montando sus antiguos cacharros sobre ruedas.

Así, pues, aquella mañana, Rick se sentía contento porque le agradaban los trabajos difíciles. Y poner en condiciones de rodar al asmático «De Dion» no iba a ser fácil, precisamente.

A sus cincuenta años, Bentley era un hombre bien conservado, fornido, con una cabeza poderosa, rostro de rasgos fuertes y muy personales, y cabellera muy poblada y crespa, casi sin canas.

A las seis de la mañana, cuando sólo el tímido reflejo de la aurora anunciaba la proximidad del día, Rick bajó a la cocina, llenó de agua la cafetera y puso café molido en el depósito.

Poco después, el café estaba preparado. Llenó un vaso grande sin añadir leche y puso un par de cucharadas grandes de azúcar, pues Rick era un hombre muy goloso.

Mientras tomaba el café muy caliente, hizo un alto para atascar de tabaco rubio su cachimba, la encendió y con el vaso de café en la mano salió afuera.

En el taller-cochera, el viejo armatoste estaba dispuesto, colocado sobre el foso.

El día anterior había sacado el motor, que ahora colgaba sobre el chasis de una gruesa cadena metálica sustentada por una viga.

Contemplando el automóvil, bebió con delectación el espeso y negro brebaje, que estimulaba sus funciones sensoriales y alejaba la torpeza del sueño.

Terminado el café, buscó su mono de mecánico, manchado de grasa y de aceite, y se lo puso encima.

Durante media hora, Rick estuvo allí, empuñada la llave inglesa, desenroscando pernos y desmontando elementos del viejo «De Dion».

Pronto los rayos dorados del sol se colaron por la ancha puerta e inundaron de luz el taller.

Silbando una cancioncilla, Rick desmontó la carcasa de la caja de cambios, cómodamente instalado sobre un tablero deslizante.

Un par de veces, mientras salía o entraba bajo el chasis del bloque, colgante de la cadena, movió la cabeza, pensando que sería mejor descender aquella masa de acero y dejarla sobre el suelo, en evitación de que una negra casualidad hiciera que la cadena se rompiera y el pesado bloque se abatiera con gran peligro sobre él mismo.

Pero el ardor que ponía en su trabajo hizo que se olvidase pronto de aquel riesgo.

Estaba completamente abstraído en la tarea de desmontar el embrague para colocar un plato nuevo, cuando escuchó aquel chirrido en el exterior. Como el camino pasaba muy cerca de su casa, Rick no le dio importancia, imaginando que se trataba de alguna de las furgonetas de reparto que diariamente transitaban por allí.

Sin embargo, sonó el chasquido de una portezuela y unos pasos que hacían crujir la grava del caminillo que llevaba al garaje-taller.

Rick, intrigado, suspendió su trabajo unos instantes y se secó el sudor que empapaba su frente con un antebrazo moreno y velludo.

Tres hombres acababan de apearse del coche detenido a unos treinta metros de la casa. A la luz del sol naciente, los cromados del «Cadillac» enviaron destellos dorados sobre el rostro de Rick Bentley.

El hombre moreno, alto y membrudo que caminaba en primer lugar alzó la cabeza y Rick le reconoció. Y su temor fue tan grande que la llave inglesa que tenía en la mano derecha, resbaló entre sus dedos, manchados de grasa, y cayó sobre el piso de hormigón del garaje.

Los tres visitantes penetraron en la cochera y dirigieron una mirada apática al local. Incluso uno de ellos, un hombre de color, dio una patada a una lata de aceite y el lubricante manchó el piso.

—Oiga, oiga —bramó Rick, alterado—. ¡Me ha vertido el aceite y... vale buenos dólares, estúpido!

El negro que había propinado el puntapié a la lata escupió sobre el piso, sin dar la menor importancia a la reconvención de Bentley.

Durante un par de minutos, los tres desconocidos recorrieron el garaje, husmeando aquí y allá, con el mayor descaro.

—Usted debe ser Rick Bentley.

El que acababa de hablar era un hombre de unos treinta y cinco años, alto y fuerte, de ademanes zafios.

Rick miró al desconocido, malhumorado. Se fijó en la nariz gruesa y rojiza, recorrida por docenas de venillas moradas. Y en la cicatriz que cruzaba su frente, afeando aún más aquel rostro vulgar.

—Soy Rick Bentley, desde luego. Digan pronto a qué han venido y márchense. Tengo trabajo.

A su pesar, Rick se sentía nervioso. Porque comenzaba a sospechar que aquellos tres individuos no habían viajado hasta Knotts Berry Farm para echar un simple vistazo a su viejo «De Dion Bouton».

Para Rick, el aspecto de aquellos tres hombres era inconfundible; *gangsters*.

Uno de ellos se acercó a él y le observó, descarado, de arriba abajo.

Era un mestizo, un joven de piel muy oscura, aunque no negra, de pómulos salientes y expresión cínica.

Un hombre fuerte y poderoso como un luchador de *catch*.

El mestizo apartó su mirada de Rick. Y de improviso su puño izquierdo se disparó, potente, y alcanzó a Bentley en la nuca, arrojándole sobre el viejo automóvil en reparación.

—Para que empieces a comprender que la paciencia es una virtud muy estimable, viejo. Sobre todo, cuando se trata de morir —

dijo, cínico.

Bentley sintió hervir la cólera en su pecho. Era un hombre muy fornido y musculoso y podía destrozar la sonrisa de aquel estúpido de un solo puñetazo.

Sin embargo, el temor le obligó a esperar pasivamente los acontecimientos.

Por tanto, Rick se incorporó, suponiendo que se trataba de una absurda broma y que aquellos individuos tendrían que explicarse de un momento a otro.

Cuando se volvió, Rick vio que el hombre de la nariz rojiza tenía una pistola en la mano y se acercaba a él.

—Comprobado que eres Rick Bentley, sólo queda una cosa: clavarte un par de balas en la cabeza —dijo fríamente.

El cañón de la pistola se elevó, buscando el perfil de Rick Bentley, y se detuvo cuando la mira señaló el entrecejo.

Entonces el índice comenzó a presionar el gatillo.

Bentley chilló de espanto. Y en su desesperación se precipitó hacia el coche, buscando el hueco que había dejado el bloque motor, suspendido sobre su cabeza.

El hombre que se disponía a disparar sobre su espalda alzó los ojos y vio el motor suspendido. Y cambió de parecer.

Sonaron varios disparos rapidísimos, ensordecedores.

La cadena que soportaba el pesado bloque se partió y la mole de acero aplastó a Rick Bentley, cuando sus manos empuñaban ya la pesada llave inglesa, con la que esperaba defenderse.

No gritó, ni un solo gemido brotó de sus labios.

El brutal impacto le había partido la espina dorsal y aplastado el cráneo contra las planchas de acero de la carrocería.

El hombre de la nariz rojiza sopló en el cañón de su pistola y se guardó el arma bajo el ancho cinturón.

Acercándose al anticuado «De Dion», puso una mano sobre la parte de espalda de Bentley que dejaba libre el bloque y comprobó que la vida había huido de aquel corpachón fornido.

—Muy bien —murmuró, como quien alaba un trabajo bien terminado—. Se acabó Rick Bentley. Volvamos.

Los tres pistoleros abandonaron el garaje-taller y subieron al «Cadillac». Los neumáticos chirriaron sobre la gravilla y una nube de polvo penetró por la puerta.

Luego, el polvo volvió a posarse y el sol brilló en todo su esplendor, arrancando reflejos rojizos del riachuelo de sangre que corría desde el viejo automóvil hasta el sumidero.

El polvo depositado sobre el piso de hormigón no bastaba para empapar el charco formado bajo el cuerpo del desgraciado Rick Bentley.

CAPÍTULO II

Blaine Keller se descolgó de las anillas, realizó una serie de ejercicios respiratorios tranquilizantes y cruzó el pequeño gimnasio instalado en el ala norte de su *bungalow* de Santa Mónica.

Blaine seleccionó un disco de *jazz* y lo colocó en el plato del tocadiscos.

Le gustaba realizar sus ejercicios atléticos así: escuchando las rítmicas melodías de Briam Garret, de Herp Mulligan o Louis Armstrong.

La música rítmica le ayudaba a controlar la duración de cada ejercicio y al mismo tiempo imprimía en su ánimo el suficiente dinamismo como para quebrar la monotonía del esfuerzo físico en solitario.

El pequeño gimnasio estaba bien instalado, dotado de toda una serie de aparatos, suficiente para satisfacer las exigencias del más escrupuloso atleta.

Por lo demás, la estancia disponía de un amplio ventanal con cristales basculantes que permitían una continua renovación del aire.

Adosadas al muro, había espalderas para realizar ejercicios abdominales. Anillas, cuerda, escalera y trapecio colgaban, alineadas, desde una viga metálica del techo.

Plinto, potro, colchoneta y saltómetro al fondo, además del *punching* en el rincón, y el saco colgando del techo para endurecer los puños y conseguir una potente pegada.

Blaine se fue junto a la ventana y se inclinó fácilmente sin doblar las rodillas, tomando en sus manos un «halterio» de ochenta libras.

Durante cinco minutos, y siempre llevando el ritmo de la

música, Blaine realizó una serie de ejercicios para desarrollar bíceps y pectorales.

Al cabo, dejó la pesa en el suelo y tornó a los ejercicios respiratorios.

Aquella constancia en realizar cada día media hora de ejercicios físicos seleccionados, era la que había hecho de Blaine Kellow un perfecto atleta.

De estatura mediana, su cuerpo estaba sorprendentemente desarrollado. Sus hombros eran cuadrados, sus pectorales componían una auténtica masa muscular, y todo su físico irradiaba fortaleza.

Cuando se domina la técnica de karate, kung-fu, *jiu-jitsu*, judo y otras luchas orientales, las manos necesitan poseer una dureza incomparable.

Así eran las manos de Blaine: tan duras que romper un ladrillo de un golpe seco resultaba fácil para él.

Recuperada la regularidad de la respiración, Blaine tomó la cuerda que había sobre el potro, y saltó a la comba durante unos minutos.

El zumbido del teléfono le interrumpió. Sin embargo, Blaine no le hizo caso hasta terminar su tanda de ejercicios respiratorios. Entonces se cubrió con un kimono de seda fresca, y atendió la llamada.

El hombre que le llamaba se identificó como Jack Garber. Garber pertenecía al FBI.

Por otra parte, Garber era la persona que con mayor frecuencia acostumbraba interrumpir los ejercicios gimnásticos de Blaine Kellow.

—Han asesinado a un hombre llamado Bentley. Venga enseguida a la Oficina, Kellow —dijo Garber, escueto.

¿Bentley? ¿Quién era Bentley? Aquel nombre le recordaba algo a Blaine, pero no lograba colocar un rostro al apellido.

Se encogió de hombros y prometió a Garber que estaría en la Oficina media hora más tarde.

No era una fanfarronada: el «Toyota» de Blaine podía alcanzar los doscientos cincuenta kilómetros a la hora y, además, Blaine había nacido en Los Angeles, y sabía muy bien cómo sortear el

intenso tráfico rodado de la inmensa ciudad.

Poco después, Blaine estaba bajo los chorros de la ducha. El agua, graduada a quince grados, devolvió pronto la elasticidad a sus músculos.

Silbaba alegremente cuando abandonó el cuarto de aseo y seleccionó un traje en su guardarropa. Eligió un conjunto muy fresco y ligero, compuesto por pantalón blanco y chaqueta azul, completado por un jersey de manga corta y zapatos flexibles, de piel de cerdo.

Dentro del armario colgaba también la funda axilar, con la pavonada «*Parabellum Star*».

No podía decir Blaine que hubiera empleado muchas veces aquella arma. Y sin embargo, había demostrado saber disparar con excelente rapidez y puntería: en Quántico había sido calificado como tirador clase A.

Antes de salir, Blaine abrió el frigorífico, tomó un frasco de zumo de piña, y se sirvió un vaso, que bebió de un tirón.

Un minuto más tarde, abría la puerta automática del garaje y ponía en marcha el poderoso «Toyota» azul.

A través de Lincoln Boulevard, Blaine alcanzó el centro estatal de la ciudad de Los Angeles, y penetró en el aparcamiento privado de la División del FBI.

El ascensor de servicio le llevó hasta la planta quinta, despacho de míster Garber.

Una rubia, menuda y sonriente, le saludó desde el pasillo. Era Molly Anderson, secretaria de Jack Garber, y una de las mujeres más activas en la Oficina Federal.

En el despacho de Garber había otros dos hombres. Hammerson, de ficheros, y Boo Warner, de dactiloscopia.

—Está bien. Déjenlo todo aquí. Ah, Kellow, siéntese —dijo Garber. Warner y Hammerson abandonaron el despacho, y Blaine tomó una silla.

—Bentley, Bentley —murmuraba Kellow para sí—. ¿Quién es?

—¿No recuerda a Rick Bentley? El FBI ha estado vigilando a Bentley durante años. Bentley, el escurridizo, el espía del Intelligence Service, sospechoso de colaborar al mismo tiempo con los rusos, los chinos y los árabes, retirado del espionaje en los últimos tiempos y, al parecer, llevando una pacífica vida en la

actualidad en su casa de Knotts Berry Farm...

Blaine dejó sobre la mesa la ficha que había estado observando, y asintió.

—Ahora recuerdo a Bentley. Sí, estuvimos a punto de pillarle con las manos en la masa, en el asunto de los yacimientos petrolíferos de Ben Gafha. Fue un hombre astuto y lleno de recursos. Por desgracia, no pudimos probar su intervención en aquella ocasión.

—Ése es Bentley. Le pusimos bajo vigilancia, al recibir el aviso del

M-5

británico. Sospechaban de Bentley, imaginaban que jugaba con dos barajas. Y le expulsaron de los servicios británicos de espionaje. Sin embargo, nuestro hombre decidió acogerse a la protección de nuestro país. Ha observado una conducta intachable. Sólo hace un par de meses...

»La vigilancia establecida alrededor de la casa de Bentley, en Knotts Berry Farm, había puesto de manifiesto algunos movimientos sospechosos.

»Luigi Cirandello, Troy Gadden y un chicano llamado Steve García, visitaron con cierta frecuencia a Bentley. Tres hombres fichados como sospechosos de realizar actividades subversivas, en distintos países sudamericanos.

—En tal caso, ¿supone que Bentley hubiera vuelto a sus actividades profesionales en el campo del espionaje? —preguntó Blaine con interés.

—No tuvimos ninguna prueba tangible, en los primeros días. Bentley tenía una afición: la mecánica. Compraba viejos automóviles de época, los reconstruía los transformaba, vendía, compraba. Ése era su medio de vida, en apariencia. Sólo hace quince días...

»Luigi Cirandello había salido del garaje de Bentley, conduciendo un “Chrysler” anticuado.

»Cirandello fue visto en la frontera mexicana, a bordo del mismo automóvil. En Tijuana, los de aduanas registraron el coche en la forma acostumbrada. Estaban dispuestos a dejarle pasar, cuando uno de los agentes llegó a la carrera, diciendo que el interior del coche olía a carne muerta, putrefacta...

»Cirandello había perdido los nervios cuando los agentes de aduana se dispusieron a desmontar el asiento trasero.

»Aprovechando la distracción de los policías, el italiano se separó del lugar, y se apoderó de un coche de la policía, logrando escapar, a todo gas, en dirección a México.

»Su desesperada carrera terminó de forma trágica, cuando dos policías motorizados se vieron obligados a disparar sus metralletas contra los neumáticos del coche que Cirandello conducía, con ánimo de detenerle. Cirandello no fue capaz de dominar el vehículo, y se salió de la autopista, estrellándose contra el fondo de un barranco.

—¿Qué fue lo que encontraron los agentes de aduanas en el coche? —quiso saber Blaine.

Garber le miró a través de los cristales de sus gafas.

—Antes de contestar a esa pregunta, prefiero que conozca otros sucesos, Kellow. En los últimos dos meses, tres ingenieros nucleares y dos técnicos de montaje de ingenios atómicos han desaparecido. Los cinco científicos componían parte del personal afecto a la zona de experiencias de Nevada. Cinco hombres que han desaparecido sin dejar rastro.

Según Garber, los cinco científicos desaparecidos en circunstancias extrañas eran los siguientes:

Arthur Kinley, experto en experiencias nucleares y notable físico. Desapareció de su hogar, una noche. Su única hija, Pamela Kinley, le esperó hasta el alba en su domicilio de Long Beach, angustiada y desconcertada. A las seis de la mañana, la señorita Kinley se puso en contacto con el FBI, y denunció el hecho.

De idéntica forma desaparecieron Almer Quincy, Stephen Durham, Fred Koyle y Roland Gowlan. Todos ellos eran hombres de hogar, profesionales sin tacha, amantes de su familia, sin pasados turbios ni antecedentes sospechosos.

—Pero Cirandello... —insinuó Blaine, ansioso por saber todo lo relacionado con el extraño incidente de la frontera mexicana.

—Cuando los agentes de aduanas desmontaron el asiento trasero del «Chrysler» que conducía el italiano, el hedor era tan insoportable que se vieron obligados a utilizar caretas antigás para continuar su tarea. A pesar de su avanzado estado de descomposición, el cadáver pudo ser identificado. Se trataba de

Roland Gowlan, uno de los científicos desaparecidos.

Blaine no manifestó el asombro que sentía.

—No acabo de comprenderlo —murmuró, confuso—. Si se trata de una organización criminal, financiada por alguna potencia extranjera, con el objetivo de hacer desaparecer progresivamente a los expertos nucleares de este país, por el simple procedimiento de asesinarlos, ¿para qué necesitan sacar sus cadáveres más allá de las fronteras de Estados Unidos? Sería más sencillo poner en práctica los procedimientos que suelen utilizar los del «sindicato»...

—¿Se refiera al baño de ácido corrosivo o al horno crematorio? No, Kellow. Lo comprenderá todo cuando le diga que el hueco existente bajo el asiento trasero del «Chrysler» estaba preparado para funcionar como un... frigorífico.

—Eso supone que Kinley y los demás expertos desaparecidos fueron transportados vivos al otro lado de la frontera. ¿Es eso?

—Tal es mi hipótesis. Esos cinco hombres fueron secuestrados y sometidos a algún extraño proceso de hibernación... semejante a la criogenización, si quiere comprenderme, aunque en vivo. En tal situación, puede llegarse a un estado en el que las funciones vitales quedan en suspenso, sin llegar a la muerte. Manteniendo el cuerpo humano a la baja temperatura requerida, se puede conservar la vida durante años enteros. Al menos, en teoría. Posteriormente, se les interna en un aparato electrónico, un... reactivador, ¿comprende?, que va aumentando progresivamente la temperatura del cuerpo, al tiempo que impulsos eléctricos van reactivando el corazón y los demás órganos.

—¡Fabuloso! Y pensar que yo creía que todo eso era simple ciencia-ficción. Pero continúe, por favor. Me tiene en vilo —rogó Blaine.

—En resumen: los coches que Bentley «preparaba» no eran otra cosa que frigoríficos, en los que los cuerpos de varias personas eran transportados al otro lado de la frontera.

—Pero Ronald Gowlan fue encontrado muerto...

—Un accidente. Los policías de aduanas observaron meticulosamente el dispositivo eléctrico del frigorífico, y comprobaron que un cable se había desconectado por azar. El frigorífico dejó de funcionar, y Gowlan encontró la muerte, dentro de un verdadero ataúd metálico.

CAPÍTULO III

Ya se disponía a hablar Blaine, cuando la menuda Molly Anderson empujó la puerta del despacho.

—Miss Pamela Kinley está aquí, señor Garber —anunció.

—Bien, Molly. Hágala pasar —accedió el SAC.

Blaine parpadeó, Garber se puso en pie.

La mujer que acababa de entrar era bellísima. Alta y esbelta, de piel tostada y fina, cabellos sueltos, negrísimos, ojos también negros, Pam Kinley era una de esas mujeres a las que incluso un misógino mira dos veces al pasar.

Vestía, con exquisita elegancia, un sencillo vestido azul escotado, y el collar de oro que llevaba al cuello, terminaba en un colgante que no era otra cosa que un diminuto reloj-joya.

—Buenos días, señorita Kinley —saludaba ya Garber—. Le presento a Blaine Kellow, uno de mis hombres.

—Señorita Kinley... —Blaine apenas podía disimular la impresión que la guapa mujer acababa de causarle.

—Pero siéntese, por favor —invitó Garber.

Pam Kinley sonrió, y aceptó la silla que Blaine le ofrecía. Tras lo cual, cruzó las largas piernas, con la elegancia de una *lady* inglesa. En el escorzo, su busto destacó, agresivo y pujante, consiguiendo que Blaine parpadease un poco más rápido que de costumbre.

Garber carraspeó, advirtiendo el brillo de los ojos de Kellow. No le pasó desapercibido el hecho de que también Pam Kinley parecía muy complacida, tras la discreta observación de que había hecho objeto a Blaine Kellow.

—Bien, ahora que ya se conocen, espero que lleguen a compenetrarse perfectamente en su trabajo —dijo Garber.

Blaine separó sus ojos del busto de Pam Kinley, y se volvió, de

un respingo.

—No comprendo, señor. ¿He oído algo así como «compenetrarse»? ¿Miss Kinley y yo? —preguntó, atónito.

—Ha oído bien. Porque, a partir de hoy, ustedes dos van a trabajar en equipo. Miss Kinley se ha prestado a ayudarnos en la tarea de encontrar a su padre, el profesor Kinley, ¿no es así, miss Kinley?

Hubo un destello vivo en los ojos negros de la bella mujer.

—Desde luego, míster Garber. Estoy dispuesta a todo, con tal de encontrar a mi padre.

Estaba tratando de demostrar entereza y, sin embargo, las lágrimas afloraron a sus lindos ojos rasgados.

Mirándola, Blaine Kellow se sintió emocionado, por el dolor que transparentaban las facciones de aquella mujer.

—Animo, miss Kinley. Encontraremos a su padre, confíe en ello. —Blaine se esforzaba en dar a su voz un tono de seguridad—. Y ahora, señor, estoy dispuesto a escuchar sus instrucciones.

—El principio será difícil, Kellow. Por desgracia, hemos perdido la pista a Troy Gadden y a Steve García. En ellos está la clave, créanlo. Junto con Cirandello, esos dos aventureros formaban un trío de individuos destacados en la subversión, al servicio de cualquiera de las organizaciones comunistas sudamericanas. Sólo poseemos un dato concreto: Steve García siente pasión por los clubs nocturnos, y lugares de diversión más elegantes. Últimamente, fue visto en varias ocasiones en el Golden Stork, un club de Santa Bárbara.

—Comprendo. He de visitar el Golden Stork y el resto de los lugares de diversión de Los Angeles hasta encontrar a García.

—Le acompañará Pam Kinley. Formarán una pareja de jóvenes enamorados, con ganas de pasarlo bien, ansiosos de emociones fuertes. Lo que les permitirá pasar desapercibidos.

Blaine Kellow miró fugazmente a Pam Kinley.

—¿No cree que será peligroso, señor? Si encontramos a García... Bien, se trata de un pistolero, quizá de un asesino... Creo que sería muy expuesto para miss Kinley —dijo.

Pam se irguió en su asiento, y sus ojos volvieron a destellar. Su magnífico busto se hinchó al respirar.

—Sé algo sobre defensa personal, señor Kellow. Aunque le

cueste creerlo, soy capaz de derribar y reducir a un hombre tan robusto como usted. Además, sé disparar con rifle o pistola, y en mi casa hay varios trofeos, ganados en concursos de tiro deportivo —aseguró con cierto orgullo.

Blaine la miró, entre sorprendido y admirado.

—Nunca lo hubiera imaginado —bromeó—. Es usted una mujer muy bella, pero jamás me la hubiera pedido imaginar disparando un rifle o luchando a brazo partido con un hombre. Estoy sorprendido. Ahora sólo faltaría que me dijera que ha pertenecido a los servicios auxiliares del FBI...

—Por supuesto que no, míster Kellow: no pertenezco al FBI, pero hasta ayer mismo era un miembro activo de la agencia de detectives Crowner. Anoche me despedí de mi empleo.

—Puedo ratificar sus palabras, Kellow —asintió Garber—. Y por eso he aceptado la ayuda de Pam: es una excelente profesional, y cumplirá con su parte.

Durante un minuto largo, Blaine no supo qué responder.

Había juzgado a Pam Kinley una muchachita inofensiva, ingenua y explosiva... físicamente hablando.

Pero Garber les mostraba ya unas fichas.

—Corresponden a Troy Gadden y Steve García. Miren con atención las fotos, y retengan en la memoria los rostros de estos dos hombres.

El teléfono zumbó sobre la mesa, y Kellow lo descolgó, antes de que Garber alargase la mano.

—¿Eres tú, Jack? Escucha, he recibido un aviso de Hunchinson, el guarda de Joshua Tree Park. Dice que hay gamos en el bosque. ¿Por qué no coges el rifle, y pasamos cazando el fin de semana, viejo amigo?

Blaine ofreció el auricular, y lo pasó a Garber.

—Es para usted, señor. Un amigo que le invita a cazar en el Joshua Tree Park.

Mientras Garber tomaba el teléfono, y conversaba con su amigo, Blaine se entretuvo en acariciar con la mirada la silueta de Pam Kinley. Por el rabillo del ojo, detalló las perfectas piernas, las redondas caderas...

Y dijo:

—Siendo usted una profesional, creo que podemos entendernos

muy bien, Pamela. Será una relación entre dos compañeros de profesión.

—Llámame Pam, por favor. También yo te llamaré por tu nombre de pila. El tuteo se impone en nuestro trabajo, ¿de acuerdo?

—Me encanta, Pam. El peligro será más agradable, junto a un «compañero» como tú...

Garber colgó el teléfono, y les miró, irónico.

—Veo que empiezan a entenderse entre sí. Pero será mejor que olviden las cuestiones personales, y se dediquen por entero a la investigación. Por mi parte, es posible que pase el final de semana junto a mi viejo amigo Gordon Agnew. Agnew quiere que vayamos a Joshua Tree Park, a disparar unos cuantos tiros, que no conseguirán otra cosa que hacer huir a los gamos. Recuérdelo: si tienen alguna novedad que comunicarme, llámenme allí. Hay un teléfono en la caseta del guarda.

CAPÍTULO IV

Los neumáticos del «Toyota» rodaron despacio hasta el inicio del caminito que llevaba a la casa de los Kinley, en Long Beach.

Eran las nueve de la noche. Blaine vestía un esmoquin bien cortado, que realzaba su atlética constitución.

La casa de los Kinley era un hotelito de excelente apariencia. Llegado ante el porche, Blaine se extrañó que ninguna luz brillase dentro.

Ya se disponía a pulsar el timbre, cuando escuchó un jadeo ahogado, ¿detrás de la puerta?

Un segundo después, volvía a escuchar aquel sonido. Alguien luchaba a brazo partido, en el interior del hotelito.

A Blaine le faltó tiempo para retroceder, cargar con su hombro derecho contra la puerta y arrancarla de cuajo.

No bien acababa de penetrar en el oscuro interior, cuando alguien saltó sobre él, tratando de atenazarle por el cuello.

A la luz que penetraba por la puerta, Blaine pudo ver a Pam Kinley. Semidesnuda, Pam luchaba con un individuo gordo y grasiento, que lanzaba sin cesar obscenas palabrotas.

Arqueando la espalda con fuerza, Blaine volteó al individuo que intentaba estrangularle.

Se produjo un terrible estrépito: el hombre acababa de chocar contra el próximo ventanal. El cristal se rompió en mil pedazos, que cayeron ruidosamente sobre el pavimento.

Un segundo después, Blaine saltaba de cabeza hacia la ventana y aterrizaba sobre los macizos floridos del jardín.

Su enemigo estaba poniéndose en pie ya, con evidente agilidad, lo que evidenciaba que estaba habituado a la lucha.

Blaine rodó sobre su espalda, ballestó las piernas y quedó en pie,

de un espectacular salto.

El otro aguardaba a cinco pasos de distancia, encogido, con las piernas arqueadas y entreabiertas, dispuesto a matar.

Porque la hoja de acero que sostenía en la mano derecha centelleó, reflejando la luz del más cercano poste de luz.

Blaine le observó, sin perderle de vista. Era un hombre de unos treinta años, moreno y flexible como un junco, y le miraba con ojos brillantes y ansiosos.

De repente, saltó hacia adelante con tanto ímpetu que el policía se vio en apuros para esquivar la cuchillada que el moreno dirigía a su cuello.

Y a Blaine le repugnaba la idea de un cuello degollado, máxime si se trataba del suyo. Por eso la cólera ardió en su pecho, y su instinto de conservación agudizó sus sentidos.

Su adversario perdió el equilibrio, al fallar la puñalada. Antes de que hubiese conseguido recuperarlo, Kellow giró y le estampó una tremenda patada en la mandíbula.

El hombre exhaló un alarido penetrante, y voló materialmente hacia atrás hasta chocar con el tronco de un árbol.

Blaine no le dio respiro. De un salto cayó sobre él, y trató de arrebatarle el cuchillo, que aquel individuo conservaba en su mano, a pesar del fortísimo golpe recibido.

El moreno era resistente y escurridizo, no obstante. Lo demostró golpeando en postura inverosímil los riñones del federal, con los tacones de sus zapatos.

Blaine gimió de dolor, y se inclinó hacia atrás, mientras el desconocido se retorció como una anguila, tratando de librarse de su peso.

Lo consiguió al fin, y la hoja de acero volvió a fulgir, amenazadora. Un siseo metálico, y el cuchillo bajó, fulminante, y quedó clavado en tierra, a escasos centímetros del rostro del policía.

Blaine aspiró una bocanada de aire, y agarró una flexible rama del rosal que crecía a escasa distancia.

Las espinas hirieron las palmas de sus manos, pero Kellow no gritó. La delgada cuerda vegetal se anudó alrededor del cuello del moreno, y Blaine apretó y apretó el espinoso dogal.

Su adversario chilló de forma impresionante, agitándose con terribles espasmos.

Todavía apretaba Blaine cuando advirtió que el hombre no se movía ya. Alejó el cuchillo de una patada, y se incorporó, jadeante.

Notaba el escozor de los pinchazos en sus manos y la viscosidad tibia de la sangre entre sus dedos cuando se inclinó sobre su enemigo y comprobó que aquel hombre estaba muerto; una de las espinas del rosal le había segado limpiamente la yugular.

Impresionado, Blaine permaneció un instante inmóvil ante el cadáver. Y de pronto, recordó que Pam debería encontrarse en apuros, en el interior de la casa.

Corrió hacia la puerta, temiendo... ¿qué exactamente? Quizá Pam, la bella y entrañable Pam, tendida en el suelo, inmóvil, tal vez... muerta.

Se detuvo, sorprendido y maravillado: Pam cabalgaba sobre el redondo cuerpo del gordo, al que había atenazado un brazo a la espalda. No había duda: la mujer dominaba fácilmente al hombre, a juzgar por el lloriqueo lastimero del gordito.

De repente, Pam soltó la mano derecha, y golpeó a aquel hombre con el canto de la mano en el labio superior.

El gordo gimió apenas, y quedó inmóvil en el suelo, como una masa gelatinosa.

Blaine buscó el interruptor de la luz y lo bajó. Pam parpadeó, y rompió a reír de improviso, liberando la tensión nerviosa que la embargaba.

—¡Blaine, eras tú! Creí... creí...

Calló, de repente, al advertir la intensa expresión del hombre, que la miraba sin pestañear, embelesado en la contemplación de aquel cuerpo apenas velado con una minicombinación rota.

Ella enrojeció de vergüenza. Y de un salto, apagó la luz.

—Lo siento, Pam. Imaginé que... —murmuró Blaine.

Pero ello se alejó, exhalando grititos escandalizados, y desapareció en su dormitorio.

—¡Caradura, aprovechón...!

Blaine sonrió y volvió a dar la luz. Sus ojos recorrieron aquel desastre: muebles volcados por doquier, una lámpara rota, el piso cubierto de fragmentos de cristal...

Se inclinó sobre el desvanecido gordito, y lo puso en pie, dejándolo caer sobre un diván.

No habían sido muy clementes las manos de Pam con el rostro

de aquel hombre: sus mejillas estaban llenas de arañazos, y el ojo derecho estaba amoratado.

Le cacheó. Poca cosa: una pequeña pistola «Browning», una navaja de resorte, algunos billetes arrugados, y un paquete de cigarrillos negros.

Incorporó una mesita, y dejó aquellas cosas allí.

Pam volvió en aquel momento. Deslumbrante, con su ceñido vestido de noche, sus zapatos blancos de altísimo tacón, y un generoso escote, que aceleró el ritmo cardíaco del policía, en progresión alarmante.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, deteniéndose en mitad del salón—. Se diría que has visto un fantasma, Blaine.

—Un fantasma... vestido de mujer —respondió, embelesado—. Eres preciosa, Pam, magnífica, fabulosa...

—Ah, ah... No me disgustan los pipos, pero será mejor que te ocupes de ese individuo. ¿Está bien?

—Está vivo, que es mucho más de lo que se merece. Buscaré algún medio rápido para despertarle. Es posible que podamos averiguar algo interesante.

—¿Se te ocurre algún medio que no sea el clásico cubo de agua vertido sobre su cabeza? Compréndelo, el piso se pondría hecho una porquería —se burló ella.

—Quizá... Espera, se me ocurre algo. Quizá de resultado. ¿La cocina?

Pam le señaló el pasillo. Un momento después, Blaine volvía al salón, llevando un encendedor eléctrico de cocina.

Ante la asombrada Pam, el policía desmontó, veloz, el aparato, y dejó dos cables al descubierto.

Aplicó el enchufe a la pared y rozó con los electrodos la mano derecha del gordo, que se incorporó de un brinco, y exhaló un alarido escandaloso.

—Veo que he encontrado un despertador a tu medida, amigo. Escucha con atención: nos gustaría saber el motivo de vuestra visita —insinuó Blaine.

El gordo se tapó los labios con una mano regordita y grasienta. Interpretando aquel gesto como una negativa a su requerimiento, el policía acercó los electrodos a su barbilla, y el hombre chilló como un conejo.

—¡Retire... ese aparato, por favor! Hablaré. No debe abusar de mí, señor. Nosotros... Buenos, no íbamos a hacerle daño a la señorita. Solo... debíamos sacarla de aquí y llevarla a un almacén abandonado.

—Tu nombre, baboso. Y el de tu compinche —exigió Blaine.

—Rys, Antony Rys es mi nombre. El... mi compañero, se llama...

—Se llamaba —rectificó Blaine, con frialdad.

El gordo tragó saliva, y su barbilla tembló de espanto.

—Se... se llamaba Albert Espinosa. Estábamos en... Burbank, en una taberna. Un tipo se acercó a nosotros y dejó un sobre en la mesa. Había una nota y cuatro mil dólares.

—Fantástico. ¿Qué decía la nota?

—Había una dirección: la de esta casa. Con un nombre: Pamela Kinley. Debíamos sacar a la mujer de la casa. Más tarde, recibiríamos otros cuatro mil dólares, terminado el asunto. Pero ¡maldita sea!, si llego a saber de la clase de chica que se trataba, no hubiese hecho el trabajo ni por... diez mil dólares.

Sin perder la sonrisa, Blaine Kellow le abofeteó hasta que la sangre de Rys manchó sus manos.

Y tornó a preguntar con suavidad:

—¿Adónde debíais llevar a *miss* Banley? ¿A quién debíais entregarla?

—No... sabíamos quién era la persona que nos contrataba. El que dejó el sobre era un desconocido, de aspecto corriente. La nota sólo pedía que la llevásemos viva a...

—¡Sigue! —gritó el policía, al advertir que Rys callaba.

Pero el rostro del maleante había cambiado de color, y su cara de luna llena reflejaba un terror sumo.

De un empujón, Blaine derribó a Pam al suelo, y juntos rodaron hasta el muro.

Una décima de segundo después, una metralleta tableteó, fragorosa, abriendo un rosario de agujeros en el abultado abdomen de Anthony Rys, que se estremeció, inclinó la cabeza sobre el pecho, y se deslizó hasta el suelo, con un rumor sordo.

Para entonces, Pam Kinley había logrado empuñar la pistolita que llevaba sujeta al muslo y disparaba contra la lámpara dorada que colgaba del techo, dejando la habitación a oscuras.

—No te muevas, Pam —susurró Blaine, en un susurro que no trascendía más allá de la mujer—. Sea quien sea, el que ha disparado es un profesional: ni una de sus balas se ha perdido.

Aguardaron durante un largo minuto. Contenían la respiración, tratando de taladrar las tinieblas, con sus ojos.

Al cabo, Blaine se incorporó despacio y pasó un brazo por la cintura de Pam, alzándola apretada junto a sí.

El runruneo de un motor que se ponía en marcha en aquel momento, les dijo sin palabras que el asesino de Rys había preferido la fuga.

Con las luces apagadas, Blaine salió al porche y vio los rojos pilotos de un «Cadillac». Por desgracia, la distancia era excesiva para distinguir los números de su matrícula.

Por un segundo, el policía dudó entre correr hacia su «Toyota» y perseguir aquel automóvil, o permanecer junto a Pam Kinley.

Finalmente, se decidió por lo último y volvió al interior, de la casa, tras comprobar que el cadáver de Albert Espinosa había desaparecido del jardín.

—Condenada suerte —murmuró, reuniéndose con la joven—. Rys iba a decirnos algo. Ahora, no vale lamentarse. De todas formas, quisiera saber algo, Pam: ¿Cómo consiguieron sorprenderte, esos dos maleantes?

—Forzaron la puerta de la cocina y me sorprendieron cuando salía del baño. Quise coger mi bolso, tomar la pistola, pero Espinosa se abalanzó sobre mí, y apenas tuve tiempo de rechazarle de un golpe en el vientre. Cuando Rys trataba de golpearme, llegaste tú. Por fortuna.

—Es extraño —dijo Blaine, pensativo—. No lo comprendo: ¿quién podría tener interés en raptarte?

Pam no contestó inmediatamente. Despacio, alzó su vestido y ajustó la pistola en el muslo, bajo el mismo sujetador de sus medias.

—No lo sé. En la agencia Crouner, yo gozaba de cierto prestigio. He tenido que realizar trabajos de toda índole. Quizá alguien que se creyó desenmascarado por mí, tal vez algún antiguo rencor...

—¿Y por qué no relacionar este incidente con la desaparición de tu padre? —insinuó el G-Man.

—No vale la pena romperse la cabeza. Será mejor que telefonees

a míster Garber para que se lleven el cadáver de Rys. ¿Vamos a abandonar nuestro proyecto de visita al Golden Stork?

—Por nada del mundo —respondió Blaine, alegre—. Éstas son mis bazas: carta blanca para gastar centenares de dólares, música, champaña y... la mujer más bella de esta ciudad por compañera, ¿no es más de lo que cualquier policía federal podría desear?

—¡Halagador, pedazo de embustero! —bromeó ella, coqueta.

Los labios, coralíneos, estaban muy próximos e incitantes.

Blaine no debía perder aquella oportunidad. Y naturalmente, no lo hizo.

Poco después, abandonaban el hotelito.

CAPÍTULO V

Steve García cerró la puerta metálica del almacén y volvió a la callejuela en la que tenía aparcado su «Chevy» veintiún caballos.

Como en un rito, Steve se contempló ante la primera ventana encristalada que encontró.

Era una costumbre inveterada: Steve necesitaba mirarse y admirarse a sí mismo, en cuanto veía reflejada su figura en cualquier superficie «ad-hoc».

Cierto que era un hombre joven, alto, no mal parecido, de cabellos muy negros y rizados.

También era verdad que Steve era un hombre fuerte, atlético, de músculos endurecidos y puños poderosos.

Estaba orgulloso de sus dientes, tan blancos y fuertes, de su fino bigotillo, de su rostro tostado, liso, sin sombra de arrugas.

Los cristales le devolvieron una imagen que conocía: un hombre joven, impetuoso, lleno de fuerza y de vida y muy... presuntuoso.

Aunque estuviera ya muy cerca de los cuarenta, tal circunstancia no representaba mucho para Steve, puesto que sus sentidos estaban despiertos, y sus músculos obedecían, fieles al mandato del cerebro.

Claro que se había cuidado bien. Buenas comidas, bebidas caras y seleccionadas, de calidad, pocos pero buenos cigarros habanos...

Sólo tenía un fallo, si se podía considerar así a su tendencia hacia las muchachas yanquis bien desarrolladas, de senos opulentos y caderas redondas.

De vez en cuando, Steve frecuentaba los prostíbulos, abundantes en una ciudad enorme como Los Angeles.

Pero en realidad, Steve prefería los locales elegantes, los clubs nocturnos caros, donde podía admirar mujeres bellísimas, beber en

compañía de millonarios y actores cinematográficos, y contemplar espectáculos con buena música y excelente ritmo.

Porque Steve llevaba el ritmo en la sangre. Quizá porque su padre, norteamericano, era un buen instrumentista de *jazz*, tal vez porque su madre, Verónica García, había sido estrella de revista, en México, D. F.

El apellido García de Steve, en lugar de Laughlin, se debía a un capricho de su padre.

Vayamos por partes: Ted Laughlin había vivido una temporada en México. Por razones determinantes: había matado en una pelea de club a un hombre, y ello le obligó a abandonar los Estados Unidos, por una temporada.

En la ciudad de México, Ted Laughlin debutó en el teatro Juárez, al mismo tiempo que la estrella Verónica García, una morena ardiente, con ritmo trepidante en su cintura.

Ted, el padre de Steve, le dijo a Verónica que *you are the most pretty girl on the world*^[1], y ella, que sabía algunas palabras de inglés, se esponjó.

Lo que debía pasar, pasó. Verónica quedó embarazada y Ted Laughlin se dio buena prisa en gestionar un contrato para actuar en Sao Paulo, Brasil, con lo que algunos meses después, Verónica se encontró soltera y con un hijo.

Cuando nació Steve, Verónica, en un acceso sentimental, puso a su hijo un nombre yanqui. Y como el padre no volvió jamás, Steve se apellidó García. Por necesidad.

Teniendo en cuenta que su madre era una artista del género frívolo, que rodaba siempre de una ciudad a otra, no es extraño que Steve creciera libre y rebelde.

A los dieciocho años, Steve se separó de su madre, sin previo aviso: había decidido visitar Norteamérica, el país de su progenitor. Y se quedó allí definitivamente, conquistado por un valor indiscutible: dólares.

Para decir las cosas con claridad, Steve jamás vivió de una forma decente. En los primeros años, su negocio consistía en comprar un coche viejo, pasar la frontera mexicana y forrar de marihuana los neumáticos, portezuelas, asientos y cualquier hueco susceptible de contener la droga.

Steve volvía a California con más de doscientas libras de

«hierba», que colocaba fácilmente en el área más próxima a las Universidades.

Aquello fue bien, al principio. Pero los numerosos viajes hicieron sospechar de Steve a los funcionarios de aduanas. Un día le registraron a fondo, y encontraron el alijo. Steve, desde luego, fue a prisión, aunque por poco tiempo.

Decidió que lo mejor era traficar con cocaína y heroína, con lo que esperaba «montarse» en pocos meses. Su cargamento, por valor de cincuenta mil dólares, fue confiscado en el primer viaje, y de nuevo fue a la cárcel.

Su condena fue de seis años, que tuvo que cumplir día por día, dado que su conducta se distinguió por la violencia y la rebeldía.

Siguiendo así, Steve se hubiera convertido en un ser degradado, o en un asesino, de los que matan por un centenar de dólares.

Durante unos meses, vagó de un lado a otro, a lo largo de los *campings* de Salton Sea, Joshua Tree, Death Valley, Kings Canyon, Yosemite, Lassen... Procuraba asimilar las costumbres *hippies*, a fin de conseguir comida y un cigarrillo de marihuana, de cuando en cuando.

Pero al fin, aquella clase de vida le hastió y regresó a Los Angeles. Fue en un restaurante de carretera donde Steve se encontró con el hombre que se iba a convertir en su salvación.

—¿Tienes hambre, muchacho? Está bien, pide lo que quieras. Yo lo pagaré. Bebe una jarra de cerveza. Eso te hará ver las cosas mejor —dijo el desconocido.

Steve tenía demasiada hambre para preguntar. Decidió que lo mejor era aprovechar la oportunidad y después averiguaría a qué se debía la generosidad de aquel caballero canoso, de mejillas rosadas y mirada bondadosa.

—Sé lo que estás preguntándote, muchacho. Y te voy a contestar, aunque de forma indirecta: tendrás todo el dinero que necesites para comer, beber, vestir... y algo más, si quieres trabajar conmigo. ¿Desconfías? Te equivocas: no soy homosexual, si es lo que piensas.

Steve no lo dudó. Homosexual o no, el *boss*, su jefe, parecía disponer de mucho dinero. Poco después, viajaba hacia Los Angeles en el carísimo automóvil del hombre que acababa de contratarle.

A partir de allí, Steve había hecho muchas cosas inconfesables. A

cambio, jamás faltaba en su bolsillo un fajo apretado de billetes grandes.

En aquella situación, Steve podía permitirse lujos como el de frecuentar clubs tan caros y restringidos como el Golden Stork o el Folk Yard, donde podía emborracharse hasta el amanecer o vivir una aventura.

Algunas noches, cuando Steve se iba a la cama en su apartamento de Market Street, sentía un cierto estremecimiento, al apagar la luz y quedar rodeado por las tinieblas.

Recordaba entonces, una por una, todas las porquerías que se había visto obligado a cometer, por orden del *boss*.

Sin embargo, Steve bebía de su botella de ginebra hasta embotar sus sentidos. Con ello terminaba su amargo de remordimiento nocturno. A la mañana siguiente, volvía a ser el de siempre: un hombre fuerte, potente, eufórico, sin sentimientos, seguro de sí mismo.

Ante la imagen que le devolvía el cristal en aquélla callejuela, Steve había recordado muchas cosas, en unos pocos minutos.

Un ligero toque a su bigotillo negro, y encendió un cigarrillo extralargo, con su encendedor «Dupont», de oro macizo.

Luego se dejó caer tras el volante de su lujoso «Chevy», dio al arranque y se alejó calle adelante, apretando a fondo el acelerador.

CAPÍTULO VI

A las doce de la noche, Blaine Kellow había consumido una moderada cantidad de ginebra, mezclada en un vaso con agua tónica y cubitos de hielo.

Todo ello, después de haber cenado pollo frío a la provenzal, besugo al horno y helado de vainilla.

—Ahora comprendo a qué debes ese físico de héroe mitológico, Blaine... ¡Comes como un heliogábalo! —rió Pam, burlona.

—En cuanto a lo físico, pequeña, tú me ganas con mucho. He visto la mirada de varios individuos que te devoraban con los ojos, desde que entramos aquí. Tienes una presencia fascinante, Pam.

—¿Lo dices como profesional o simplemente como varón, querido Blaine? —preguntó ella, brillantes los ojos negros.

—Lo digo como el hombre que tiene que hacer un gran esfuerzo para recordar que se encuentra cumpliendo una misión, preciosa. Si nos hubiéramos conocido con otros motivos...

—¿Qué hubiera sucedido, superagente federal? —Pam coqueteaba con franqueza, y unos hoyuelos deliciosos se marcaban junto a sus labios, al sonreír.

—Está claro, pequeña. Te hubiera colocado las esposas, te conduciría a mi coche y... nos hubiéramos perdido a buena velocidad camino de Reno.

—¿Qué ocurre en Reno, para merecer un viaje relámpago? —preguntó Pam, con expresión ingenua.

Blaine se llevó el largo vaso a los labios, antes de responder:

—Te lo diré, aunque me consta que bromeas. En Reno, cualquier juez puede casarte, si llevas en la mano una licencia matrimonial.

—¿Significa eso que te casarías conmigo, Blaine?

—¿Lo dudas?

—Oh, tendré que pensar que eres un tipo alocado, fogoso, hipócrita, enamoradizo, en el mejor de los casos. Piensa que sólo hace unas horas que nos conocemos, Blaine.

El policía entornó los ojos y miró a la mujer en derechura.

—A veces, pequeña, basta un segundo para amar, igual que para morir —dijo carraspeando y apartando la mirada— será mejor que no me tomes muy en serio. Creo que el ambiente de este lugar influye en mí, convirtiéndome en un sentimental. Y no lo soy. Ante todo, para mí debe contar Blaine Kellow, un policía federal. Lo demás...

Pam le miró de reojo. Parecía desilusionada, en cierto modo.

—Ya... El superagente, con supercerebro, supermúsculos, superdureza y supertodo... Pero eso es un mito, Blaine, querido. Porque un hombre posee corazón y sentimientos. No puede limitarse a ser una máquina de investigar, de disparar o de matar, de ejecutar órdenes con toda frialdad.

—¿Tú crees? Si no existieran hombres que están dispuestos a sacrificar sus sentimientos, a cambiarlo todo por disciplina férrea y una mente fría, millones de ciudadanos de este país vivirían una vida de pesadilla. Créeme, Pam; una fidelidad y entrega incondicionales es lo mínimo que puedo ofrecerle a la organización federal.

Pam no dijo nada. Pero el rostro habitualmente risueño de Kellow se había tornado serio.

¿Sería posible que Kellow fuese un simple fanático, un hombre entregado únicamente a su profesión?

Pam se inclinó sobre la mesa, alzó su copa y se humedeció los labios con el dorado champaña.

Cuando alzó los ojos, Steve García caminaba hacia la barra, mirando con cierta ansiedad, a su paso, los escotes y las piernas de las chicas que bailaban en la pista.

—Está ahí, acaba de entrar —advirtió Pam, en un susurro, sin ruborizarse al advertir que la mirada de Steve se detenía con insistencia en su escote.

Blaine giró la cabeza despacio y los músculos de su cuello se pusieron tensos.

—No cabe duda, es nuestro hombre —asintió. Miró a Pam y dijo —: Ya sabes lo que tienes que hacer, pequeña. Y puedo jurarte que

para mí es la parte más detestable del programa. ¿Estás segura de que no te arrepentirás?

Ella aguantó su mirada sin pestañear y plegó los labios con decisión.

—Sé mantener a un hombre a raya, puedes estar seguro. Estoy dispuesta —respondió.

Blaine dejó unos billetes sobre la mesa, y se puso en pie. Luego, besó fugazmente la mejilla de Pam, y se alejó hacia la salida.

Ella aguardó todavía unos minutos.

Mientras paladeaba el último sorbo de champaña, no perdía de vista a Steve García, que se apoyaba en la barra, desafiante, comiéndose con los ojos a las mujeres que pasaban ante él.

Al cabo, Pam tomó su bolso y se dirigió hacia la barra. Contoneaba las caderas con ritmo. Detrás de ella, sonó un silbido admirativo.

Al momento, la mirada ansiosa de Steve se clavó en su figura, detalló el busto, las caderas, las pantorrillas...

En aquel momento, Pam tropezó con él. La copa que García mantenía en la mano se vertió y su contenido empapó su chaqueta.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Pam, perfecta en su papel—. Lo... lo siento. Discúlpeme. ¡He sido tan torpe! Yo...

Steve no apartaba sus ojos del escote de Pam, hipnotizado por la tersura de la morena piel tostada de la joven.

—Oh, no, por favor. No tiene que disculparse. La culpa es mía: debí apartarme. Pero si le digo la verdad... hubiera sido una tontería —sonrió el hombre.

Pam sacó un pañuelito de su bolso y, solícita, se inclinó para secar el licor que manchaba la americana de Steve.

El sistema circulatorio de García se inflamó, al contemplar la espléndida «panorámica» que el escote de Pam Kinley le brindaba.

Y esperó, encantado, hasta que ella terminó de reparar la pequeña catástrofe, provocada por su «torpeza».

—Está bien; déjalo ya, muñeca —dijo Steve, con la garganta seca—. Tengo docenas de trajes. ¿Por qué no vienes conmigo? Me cambiaré, y luego saldremos a tomar una copa juntos. ¿Qué tal?

Pam le miró, ingenua.

—No sabe cuánto lo siento, pero...

—¿Qué? —inquirió García, anhelante.

—Compréndalo, no estaría bien visto que una joven soltera como yo, penetrase en la intimidad del apartamento de un hombre —murmuró, ruborosa.

—No creo que seas tan ingenua como aparentas —dijo Steve—. Te vi antes con un hombre. ¿Dónde está?

Pam se alzó al taburete y cruzó las piernas de forma magistral.

A Steve le temblaron las manos de deseo. E inconscientemente tomó su vaso y lo apuró de un trago.

—¿Ése? Era Blaine, un tipo frío e insensible como un témpano. He salido con él algunas veces, pero... jamás se pasó de la raya. Y a una mujer... Bueno, le agradan ciertas osadías.

Steve no pudo aguantar la tentación de acariciar la fina rodilla de Pam.

—Escucha, nena, podríamos pasar un buen rato juntos. Soy todo lo contrario que tu frío Blaine. Créeme, soy capaz de arder en compañía de una chiquilla como tú. ¿Vamos?

Pam sonrió en su interior: sabía que había ganado la partida. A pesar de lo cual, aún trató de alargar aquel forcejeo erótico.

—Todavía... no sé cuál es tu nombre —dijo, plegando los labios en un mohín que terminó de inflamar a Steve.

—García, nena. Steve García, un hombre con sangre en las venas. ¿Cómo he de llamarte?

—Llámame Dolí. Es corto y bonito, ¿no?

—Delicioso. Eres un bombón, una chica con todo lo necesario, y en la cantidad justa. En cuanto a mí, no estoy nada mal, ¿no es cierto? —dijo él, cuadrando los hombros.

Steve se había erguido para parecer más alto. A pesar de lo cual, no logró exceder de sus cinco pies de altura.

—Pues... francamente, Steve, me caes simpático. Además... pareces tan ardiente, tan apasionado...

—¿A qué esperamos entonces? —preguntó Steve, fogoso—. Tengo mi coche ahí fuera. En mi apartamento hay bebidas abundantes, hielo, incluso algunos cigarrillos muy especiales. ¿Pumas marihuana, Dolí?

Fingirse drogadicta no era difícil para Pam Kinley. Sus ojos brillaron más de lo normal, e incluso tragó saliva, como obsesionada.

—¡Llévame, Steve! Necesito fumar un par de cigarrillos cuanto

antes —pidió con voz angustiada.

—¿Te gusta la «hierba», eh? Está bien, está bien: Steve te dará toda la que quieras. Pero tienes que ser amable conmigo, nena...

—Lo que tú quieras, Steve. Pero vamos pronto. No puedo aguantar.

Su ansiedad era tan convincente, que incluso logró imprimir un temblor angustioso a sus labios.

Steve dejó un billete sobre la barra y la tomó por el brazo.

—En marcha, nena. Y no temas, Steve cuidará de ti. Estoy seguro de que vendrás más de una noche al Golden, ya verás.

Fuera, Blaine Kellow los vio salir, muy apretados. Un extraño sentimiento le obligó a morderse los labios. ¿Celos?

En cualquier caso, no pudo evitar aquella honda rabia en su pecho... aunque su razón le dijera que la farsa de Pam era necesaria para conseguir el éxito en su misión.

Pam reía a carcajadas hirientes, de forma, insultante y desgarrada, como si estuviera borracha.

Y Steve García la apretaba contra sí, loco de deseo.

El *gángster* abrió la portezuela del «Chevy», y dejó que ella se acomodase en el asiento delantero. Luego, rodeó el coche, dio al encendido y arrancó.

Blaine esperó, dejándole tomar alguna delantera. Las ruedas del «Toyota» gimieron cuando Blaine oprimió con rabia el acelerador.

No pudo advertir, pendiente del «Chevy» de García, que un enorme «Cadillac» se ponía en marcha tras él, a lo largo del Wilshire Boulevard.

Al volante del «Cadillac», un caballero de unos cincuenta años, vestido con sobria, elegancia.

Un hombre maduro, de sienes plateadas, sonrosadas mejillas y ojos azules, de expresión bondadosa y amable.

Sin embargo, sobre el asiento trasero del «Cadillac» había un mortífero rifle «Marlin», dotado de visor telescópico y cuidadosamente cubierto por un ramo de fragantes rosas rojas.

CAPÍTULO VII

El «Chevy» de Steve García se detuvo en Blackburn Street, una zona ajardinada, próxima a la Pacific Coast Highway.

Era, en realidad, una línea de hotelitos de alquiler por meses, con entrada independiente. Edificios de una o dos plantas, rodeadas de rosales y madreselvas, a los que se llegaba por caminitos enarenados en gravilla roja, verde o amarilla.

Blaine continuó adelante unos cincuenta metros y volvió andando cuando ya Pam y el hombre desaparecían dentro de uno de los hotelitos.

Viendo la puerta cerrada, el policía rodeó el muro hasta encontrar el amplio ventanal que correspondía al cuarto de estar.

El fino visillo permitía ver al trasluz las dos figuras en pie, junto al pequeño bar, en el que se alineaban media docena de botellas y una gran copa mezcladora.

Steve se estaba volviendo más insistente a cada momento, según apreció Blaine.

Ahora estaba intentando besar a Pam. La muchacha le hablaba en tono perentorio, llevándose dos dedos a los labios, pero Blaine no pudo entender lo que decía.

Luego, el *gángster* desapareció, y Pam cambió de expresión, mientras dirigía una ojeada a los muebles del gran salón.

Un segundo después, la joven estaba registrando con urgencia todo lo que tenía a su alcance. Pero hubo de regresar, veloz, al sentir las pisadas de Steve, que volvía de la habitación cuya puerta se divisaba al fondo.

Blaine advirtió la ansiedad con que Pam tomaba un cigarrillo de manos del chicano, que le ofrecía fuego en su encendedor de oro, la sonrisa del *gángster*, sus dedos ansiosos clavados en los desnudos

hombros de Pam...

Tragó saliva. Se sentía ridículo en su papel de mirón. Y decidió que había llegado el momento de intervenir.

Pegado al muro del hotel, se deslizó hacia la puerta trasera. Estaba cerrada, pero Kellow empleó apenas veinte segundos en franquearla con la ganzúa múltiple, disimulada en la hebilla de su cinturón.

Silencioso como un gato, se introdujo en el edificio y cerró la puerta a sus espaldas.

Tuyo que guiarse por las excitadas voces de Steve para llegar al salón de estar a través del pasillo que comunicaba con el cuarto de aseo, la cocina y el trastero.

Entraba en el salón, cuando escuchó los gritos de Steve.

—No intentes burlarte de mí, estúpida. Me haces traerte aquí... ¿sólo para fumar unos cigarrillos de marihuana? No seas idiota: sabes de sobra lo que quiero.

Loco de deseo, Steve rasgó el vestido azul de Pam de un zarpazo rabioso. Ella exhaló un grito de espanto y retrocedió de un salto al sentir su carne desnuda.

—Es detestable —dijo Kellow, apareciendo en la puerta—. ¿En qué basura escoges a tus amigos, Pam?

García se volvió de un brinco.

Luego, pasada la sorpresa, una sonrisa innoble distendió sus labios.

—Vaya, vaya, pero si es el acompañante de mi chulita —se burló—. El témpano.

—Póngase de rodillas, amigo, y pídale perdón a la señorita. Es lo menos que puede hacer, tras haberse portado como un grosero —exigió Blaine, sin perder la calma.

Miró de refilón a Pam.

—¿Qué...? —bramó Steve.

—Haga lo que le he dicho. De rodillas, pídale perdón a esta señorita —repitió el policía.

—Está chiflado, imbécil. ¿Cómo puede creer que voy a pedir a...? —exclamó el *gángster*, consternado.

—Por favor, no me gusta pedir las cosas por triplicado, Steve. ¡Arrodílese!

García lanzó una carcajada. Y de improviso saltó sobre Kellow

con la cabeza gacha, con la intención de golpearle de un cabezazo en pleno rostro.

Blaine apenas se inclinó un palmo a la derecha. Fulminante, su pierna se elevó y el pie golpeó a Steve en el estómago.

Antes de que hubiera caído al suelo, el
G-Man

le enderezó de un brutal patadón en el rostro.

—Vamos, Pam, seca esas lágrimas. Buscaré algo que puedas ponerte —dijo Blaine, acercándose a ella y acariciando sus cabellos.

Se disponía a salir del salón para buscar alguna prenda que pudiera cubrir la desnudez de la joven, cuando Pam lanzó aquel grito:

—¡Cuidado, Blaine! Steve...

Sobre la chimenea había una panoplia con dos largos venablos, aptos para cazar ojos. Y Steve había descolgado uno de ellos.

Y con la afiladísima arma en la mano, cargó contra el policía. Desprevenido, Blaine no pudo hacer otra cosa que dejarse caer al suelo.

La acerada punta del venablo se clavó a escasos centímetros de su cabeza, quedando incrustado profundamente en el piso de roble.

Steve le golpeó a patadas, alcanzándole en la sien, y obligándole a exhalar un grito de dolor.

Steve seguía pateando y pateando, como un bisonte furioso. De repente, uno de sus tobillos quedó inmovilizado: Blaine acababa de agarrarle.

El policía retorció el pie con un movimiento veloz y el *gángster* chilló estridentemente y cayó al suelo. Aprovechando la inercia de su caída, Kellow saltó sobre él.

A pocos pasos, Pam dudaba entre disparar contra Steve o esperar a ver cómo se decidía la lucha. Sin embargo, optó por lo último. Sentía cierta curiosidad por saber hasta dónde llegaba la resistencia de aquel «hombre de hierro» que era Blaine Kellow.

Su curiosidad quedó satisfecha poco después. Blaine había alzado del suelo a García y le obligaba a cruzar el salón, siempre retrocediendo bajo la lluvia de golpes que caía sobre el *gángster*.

Pero el policía sabía controlar su ira, evitar que sus golpes fueran mortales. Porque necesitaba a Steve vivo.

Disparó su brazo derecho y el puñetazo elevó un par de

centímetros a García sobre el suelo. Tras lo cual cayó a tierra como un plomo.

—Arriba, Steve. Debes pedir perdón a esta señorita, ¿lo has olvidado? —exigió, jadeante.

Pero Steve era incapaz de moverse, tan maltratado, que todo su cuerpo era un puro dolor.

Blaine le alzó en vilo con facilidad y le abanicó la cara de dos bofetones que restallaron ruidosos.

Lo arrastró hasta el diván y le dejó caer. Y se volvió hacia la mujer.

—El panorama es delicioso, pequeña —dijo, burlón—, pero me temo que así... no serías capaz de desenvolverte. Ponte mi esmoquin. Te servirá.

Ella sonrió, agradecida.

Un momento después, ambos registraban el hotel con urgencia. Fue Pam la primera en obtener resultados prácticos: poco después, volvía con una carpeta llena de documentos.

Blaine hojeó aquellos papeles con gran interés. Lo primero que llamó su atención fue una carta geográfica de Centroamérica, donde se habían hecho algunas anotaciones a mano.

En el mapa, diversas ciudades de Estados Unidos estaban señaladas con un trazo que iba a terminar en Tijuana, en la frontera con México.

Los Angeles, San Francisco, Las Vegas, Tonopah y Carson City. Justo las ciudades de las que habían desaparecido los expertos nucleares: Kinley, Quincy Koyle y Gowlan.

Un trazo de distinto color unía Tijuana con México, capital, y esta última ciudad con una diminuta isla, situada frente a la costa venezolana.

Blaine imaginó enseguida que aquél era el trayecto que habían seguido los «cadáveres» vivientes de los científicos norteamericanos.

En la carpeta había tres pasaportes con distintos nombres, pero con la fotografía de Steve García en todos ellos. Falsificados, desde luego.

A Blaine le llamó la atención una grasienta hoja de papel, un forro de un paquete de cigarrillos exactamente, en que alguien había escrito, con infantil caligrafía, unas palabras: «Armando Ortega. Pompas Fúnebres. Tijuana». «Teodomiro González.

Transportes Especiales, México, D. C.».

¿Se trataba de las personas que se habían encargado del transporte de Kinley y los otros técnicos hasta su destino, en aquella isla sin nombre?

Blaine cerró la carpeta con brusquedad y la cedió a Pam, advirtiéndole:

—Guárdala bien, pequeña. Sospecho que en esos documentos está la clave del éxito de nuestra misión.

Miró hacia el diván y vio que Steve García se removía, tratando de incorporarse.

—Quédate ahí, moreno —ordenó el policía—. Espero que los rumores que corren por Los Angeles, acerca de la puesta en vigor de la pena de muerte, no sean infundados. Porque, si es cierto, tú irás a la cámara del gas, amiguito.

Steve le miró, consternado. Había escuchado aquellos rumores a los que se refería Blaine, y temía, en lo más hondo, la posibilidad de ser juzgado.

Sólo él conocía sus crímenes, pero ir a parar a la horrible cabina metálica, obligado a inhalar el gas venenoso... era demasiado.

—Está..., está loco —murmuró—. No tiene ninguna prueba contra mí.

—Muéstrale la carpeta, Pam. ¿Ves esos documentos? Serán suficientes para llevarte a la cámara del gas. A menos que... me digas algunas cosas. Por ejemplo, el nombre de la persona que te paga.

Steve le miró con los ojos desorbitados. Estaba aterrado.

—Hablaré..., si me promete protección —murmuró.

—Habla, la tendrás.

—El hombre que me paga se llama... gggg...

El aire se escapó de su garganta cuando la bala que acababa de disparar un rifle «Marlin» le perforó el cuello de parte a parte.

Un segundo proyectil atravesó los cristales del ventanal y se estrelló sobre la mesa, muy cerca del lugar que ocupaba Pam Kinley.

Nuevos abejorros de plomo cruzaron la habitación, destrozando los muebles, con secos chasquidos de muerte.

CAPÍTULO VIII

El caballero de sonrosadas mejillas y ojos bondadosos detuvo su «Cadillac» a unos cien metros del hotelito, alquilado por Steve García.

Al ver que Blaine Kellow penetraba en el jardincillo, el *boss* sonrió, satisfecho. No se había equivocado: habría dificultades.

Consideró que había hecho bien no fiándose de Steve. Demasiado alocado para poder confiar plenamente en él.

Por eso había instalado aquel pequeño micrófono en la chimenea del hotelito. Mientras observaba a Blaine Kellow, que espiaba a través del ventanal, el *boss* extrajo de la guantera un pequeño receptor, conectado en la misma onda que el microemisor instalado en la chimenea.

Lo conectó, y las frases entrecortadas de Pam Kinley sonaron claras en el interior del lujoso «Cadillac».

¡Estúpido Steve! Su agudizado erotismo le había llevado a cometer gravísimos errores.

El *boss* no tenía ya su bondadosa expresión. Sus sonrosadas mejillas se habían crispado y sus labios temblaban de ira.

Dejó el receptor sobre el asiento y se volvió hacia atrás. Entre sus dedos acarició el perfecto «Marlin», capaz de hacer blanco a gran distancia.

Como un cazador al acecho, introdujo una bala en la recámara y sacó el cañón por la ventanilla.

A través del visor veía muy bien las siluetas de Steve García y Pamela Kinley.

—No nos precipitemos —se dijo—. Esperemos.

Quiso buscar a Kellow a través del visor telescópico y... advirtió que el

G-Man

había desaparecido. Una maldición que no estaba de acuerdo con su señorial aspecto brotó de sus labios.

Sus ojos azules, que habitualmente expresaban bondad, relucieron con furia diabólica.

En aquel momento, Blaine Kellow entró en el área de visión de su mira telescópica. ¡El policía había conseguido introducirse en la casa!

¿Por qué no disparar ahora? Tenía a los tres personajes al alcance del mortífero «Marlin». ¡Podía hacerlo!

Sin embargo, no disparó. En realidad, nada irreparable para su seguridad había ocurrido.

Luego, Steve y el policía empezaron a luchar. El *boss* frunció el ceño, mientras escuchaba el jadeo de los contendientes, transmitido por el microemisor de la chimenea.

Steve cayó al suelo, exánime. Malo, las circunstancias no podían ser más adversas. Pero sería mejor esperar... aún.

Luego, la chica volvió al salón, llevando en sus manos aquella carpeta. Y entonces el *boss* no dudó ya.

Una sonrisa maligna entreabrió sus gruesos labios, arrancando un destello dorado de su dentadura.

—«Habla, la tendrás» —retumbó la voz de Blaine Kellow.

El *boss* apretó el rifle entre sus manos y buscó la cabeza de Steve. Vio manar la sangre abundante del cuello de García.

Y volvió a disparar. Debía matar a Kellow. Y también a la chica. Todo en aras de su personal seguridad.

Y continuó disparando sin interrupción, cubriendo de plomo el interior del salón, hasta que las balas se agotaron.

¡Puerca casualidad! Alguna bala debía haber destrozado el microemisor, puesto que ningún sonido llegaba hasta él: el receptor había enmudecido.

El *boss* se humedeció los labios. Había visto caer a Pam Kinley. Y también al policía. Pero no podía precisar si les había alcanzado o... continuaban vivos.

La avería del microemisor le impedía comprobarlo. Durante un segundo, el *boss* sintió la tentación de bajar del coche, tomar el rifle y penetrar en el hotelito para asegurarse de que Kellow y la chica habían enmudecido para siempre.

Pero aquella incursión era peligrosa: Kellow era hábil, escurridizo... No. Era mejor alejarse.

Desmontó el rifle y volvió a cubrirlo con el fragante ramo de rosas.

Un momento después, el «Cadillac» arrancaba bruscamente. Al pasar a la altura del «Toyota-Sport» de Kellow, el *boss* sacó una pistola y disparó contra los neumáticos.

Kellow no podría perseguirle... si estaba vivo.

Como siempre, el *boss* no dejaba nada al azar, cauteloso e inteligente.

* * *

Pasaron los minutos, con angustiosa lentitud.

Al cabo. Blaine se incorporó y se alejó, arrastrando hacia el ventanal.

—Se ha marchado —anunció, poniéndose en pie, lejos del ventanal—. Espera aquí, Pam. Tengo que cazar al hombre que ha matado a Steve.

—¡Espera! —gritó ella, alarmada—. ¡No puedes dejarme sola...!

Pero Blaine acababa de abrir la ventana y saltaba ya al jardín.

Corrió como un loco hacia la calle, apretando la «*Parabellum*» entre sus manos.

Sólo había un ardiente deseo en su mente: atrapar a la persona que había estado a punto de matarles.

Hacia el final de Blackburn Street, Blaine divisó el rojo resplandor de los pilotos de un automóvil, que se alejaba a gran velocidad.

Rabioso, corrió hacia su auto, abrió la portezuela y dio al contacto.

Aceleró.

El coche saltó hacia delante, describió una curva a la izquierda, montó sobre la acera y... terminó incrustado contra la valla del próximo jardín.

Blaine masculló un juramento. Pero ¿de qué servía maldecir?

—Un tipo inteligente —murmuró, apeándose del coche y volviendo sobre sus pasos—. Lo tenía todo previsto... incluso inutilizar mi coche.

Todo parecía indicar que aquel individuo —el asesino de Steve — conocía a Blaine Kellow, puesto que sabía cuál era su coche.

Pam estaba esperándole, temerosa y anhelante, en la puerta del hotel.

Llevaba la carpeta firmemente apretada contra su pecho y en sus ojos destellaba una interrogación.

—¿Qué pasó?

—Escapó..., después de deshincharme los neumáticos — respondió Blaine—. Pero ¿qué te ocurre? ¿Tienes frío?

—Creo que tengo... miedo, Blaine. Estos minutos han sido horribles. Estaba preocupada por ti. Un asesino ahí fuera y tú...

Blaine la abrazó por los hombros y la miró a los ojos.

—Ha sido una jornada demasiado llena de incidencias, Pam. Pero me gusta lo que has dicho... ¿Empiezas a habituarte a mi compañía, pequeña?

—Más..., más de lo que podía sospechar, hombre de hierro — respondió ella, sonriendo, animosa.

Sus labios estaban entreabiertos, trémulos, como solicitando la caricia.

Blaine la besó ardientemente. Abrazados, abandonaron la casa y caminaron calle adelante.

—Dormirás en mi casa, Pam —propuso Blaine—. Tu apartamento ha dejado de ofrecer garantías. En fin, tómalo como un acto más de la misión que estamos realizando.

Ella le miró con picardía y se apretó contra él, ansiosa de calor y protección. Y sonrió.

—Eres un aprovechado, Blaine. Invocas el deber, con mucha habilidad. Pero me gustas. Acepto.

En la esquina, un taxi con luz verde se les brindó propicio.

A aquella misma hora, un «Cadillac» se detenía ante la casa que los Kinley poseían en Long Beach.

El hombre que conducía el «Cadillac» era un caballero elegante, de cabellos canosos y expresión amable.

La espera fue inútil. Porque Pam Kinley dormía ya, en un lugar alejado varias millas.

De madrugada, el motor del «Cadillac» rugió y el *boss* abandonó Long Beach.

Su humor no era apacible, precisamente.

CAPÍTULO IX

Blaine volvió a casa hacia las doce de la mañana.

Y llevaba dos pasaportes en la mano.

—¿Qué dijo Garber? —le preguntó Pam, que había salido a recibirle.

Blaine sonrió, burlón.

—Nos felicita. Aseguró que habíamos avanzado mucho en poco tiempo. Pero no sé si se refería a nuestro trabajo o... a nuestras relaciones íntimas.

Pam le envolvió en una mirada intensa.

—Eres un bromista, Blaine. Pero me siento en ascuas. ¿Qué ha decidido el gran jefe Garber? —preguntó, llena de interés.

—Entremos —propuso el policía, dirigiendo una ojeada llena de desconfianza a los alrededores de la casa.

Ya en el interior, Blaine sirvió dos martinis y ofreció uno a la preciosa Pam, que lucía un vestido «mini», mil veces provocativo.

—Pues bien: Garber quiere que realicemos una investigación a lo largo de la línea Los Ángeles-Tijuana, México D. C., Isla Misteriosa. Por cierto, la isla no figura en ningún mapa. El departamento de cartografía lo ha comprobado.

—Espeluznante..., pero atractivo. Sigue.

—Garber nos confiere autorización para emplear cuantos medios sean necesarios, lo que quiere decir «licencia para todo»... excepto para fracasar. En nuestra conversación mencionó al enigmático asesino de Blackburn Street. Incluso indiqué a Garber que el apellido de ese individuo podía empezar por G. ¿Recuerdas que Steve pronunció algo ininteligible que empezaba por esa letra antes de morir?

—Ésa fue mi impresión. ¿Qué te respondió tu jefe?

—«Espero que ese apellido que empieza por G no sea... Garber», me dijo, burlón. En fin, Garber aseguró que él se encargaría de realizar una investigación sobre ese misterioso míster «G», a partir de su «Cadillac», color gris, cuya matrícula empieza por CAL-287...

Pam, que estaba mirando los pasaportes, le interrumpió, airada:

—¡Eh, eh, hombre de hierro! Los dos pasaportes son copia el uno del otro. Y figuran a nombre del matrimonio Kellow, Blaine y Pamela Kellow. ¿No crees que es ir muy deprisa?

—Lo siento. Es una idea de Garber. Cree que, de esa forma, pasaremos desapercibidos, bajo la apariencia de un par de estúpidos turistas yanquis. A mí, particularmente, no me desagrade, querida Pam. Por otra parte, yo entiendo a mi forma la «licencia para todo», que Garber nos otorga.

—¿En qué sentido? —preguntó ella, curiosa.

—En el de «licencia para... amarte», pequeña —respondió el policía, y la apretó de repente contra sí, besándola con pasión.

Al fin, se separaron.

Ella estaba sofocada y trataba de recomponer su aspecto.

—Estamos de servicio, Blaine, no lo olvides. ¿Cuál es nuestro inmediato punto de destino, superagente? —preguntó, para disimular su emoción.

—Tijuana, en la frontera. Te gustará México. Es un país lleno de color, de exotismo, de tequila, peleas de gallos y mariachis.

—Tendré que recoger algunos trapitos de mi casa de Long Beach, Blaine. ¿Quieres llevarme?

—Por supuesto que sí, pequeña. Teniéndote a mi lado, soy capaz de lanzarme a la mismísima plaza El Toreo, en la capital de México —exclamó Blaine.

—¡Olé! —Le aplaudió ella, alborozada.

Media hora después, el «Toyota» de Kellow se detenía ante el bello *bungalow* que los Kinley poseían en Long Beach.

Introducida la llave en la cerradura, Pam se volvió, alarmada, al policía.

—¡Blaine! ¿Habrán retirado ya el cadáver de... Rys? —preguntó.

Su temor era infundado. El interior de la casa estaba en orden, limpio y... vacío de cadáveres.

Un suspiro se escapó del pecho de Pam. Ya se dirigía a sus

habitaciones, cuando sus ojos se posaron sobre la mesita del salón.

¿Quién había dejado allí el ramo de fragantes rosas rojas, envuelto delicadamente en una cubierta de papel celofán?

Junto al ramo de flores había una tarjeta.

Pam miró a Blaine y alargó una mano, tomando la tarjeta entre sus dedos. Desde luego, el detalle de Kellow era todo un rasgo de delicadeza.

Pero un momento después Pam leía las palabras escritas con una cuidadísima letra sobre la cartulina.

«Con rendida admiración, a la bellísima Pamela Kinley».

No había firma.

Con una sonrisa radiante, Pam se volvió a Blaine, que curioseaba en la biblioteca, y le besuqueó en la mejilla.

—¡Oh, Blaine, es un detalle encantador! —suspiró, extasiada—. Lo que no comprendo es de dónde has sacado tiempo para hacer tantas...

Sus dedos, finos y hábiles, estaban ya desatando la envoltura del ramo de rosas, cuando el grito de Blaine la obligó a estremecerse.

—¡Suéltalo, Pam...!

Antes de que ella pudiera reaccionar, el

G-Man

cayó sobre ella y le arrebató el estuche de un zarpazo. A continuación corrió hacia la ventana, la abrió y arrojó por ella el hermoso ramo de rosas.

Un segundo después, y ante la pasividad de Pam, Blaine saltaba sobre ella y la derribaba limpiamente.

—¡Blaine! —gritó ella, atónita—. ¿Qué clase de salvaje eres tú? Empiezo a pensar que...

Una explosión horrisona borró sus palabras.

Por la ventana penetró un aluvión de tierra, polvo y matas tronchadas del jardín.

Pam alzó la cabeza y tosió secamente.

Blaine, que estaba observándola, susurró, zumbón:

—Ahora no tendrás dudas, querida: yo no te envié esas flores...

Afortunadamente.

Estaba sobre ella, tal como habían caído, protegiéndola con su cuerpo.

—¡Dios santo! —murmuró ella, aterrorizada—. Hemos estado a punto de volar, convertidos en fragmentos. Te... te insulté. Y tú... ¡tú solo pretendías salvarme, Blaine, amor mío!

Pam le abrasaba y le besaba, apasionada, estremecida de espanto y... de agradecimiento.

Blaine se incorporó de un salto. Porque sus sentidos estaban despiertos y el cuerpo joven y lleno de vida de Pam suponía una irresistible tentación.

Al cabo, también ella se levantó. Miró, transtornada, al policía y preguntó:

—¿Quién..., quién pudo enviarme esas flores, Blaine? ¡Es... inaudito! Estuvimos tan cerca de la muerte...

—Es fácil imaginarlo, pequeña: el hombre del «Cadillac», el mismo que asesinó a Rys y a Steve García e intentó eliminarnos anoche por dos veces consecutivas. Es decir, míster «G».

—Eso quiere decir que... conoce nuestra identidad. Y tal vez, nuestra misión.

—Por supuesto, criatura. Le estorbamos... por alguna razón que no entiendo. Y trata de librarse de nosotros. Estoy pensando...

—¿Sí, Blaine?

—¿Recuerdas los nombres de los amigos de tu padre, de las personas que solían visitarle en los últimos tiempos? —preguntó el policía.

—Bueno... Papá tenía pocos amigos. Excepto, quizá, sus compañeros del Ejército. Él fue oficial durante la guerra de Corea y gustaba de reunirse periódicamente con sus viejos camaradas del frente.

—Procura recordar sus nombres, Pam. Es importante.

—Veamos... Estaban Parker Holm, Richard Mencey, Gordon Agnew, Ernest Groy... Papá los reunía en la biblioteca y pasaban horas enteras recordando sus hazañas de la guerra, fumando y bebiendo durante todo el tiempo que duraba la reunión. A mí me resultaba especialmente simpático Agnew: un hombre afable, simpático, que sabía narrar deliciosas anécdotas...

Blaine asintió, pensativo.

—Tendremos que comprobar las conductas de esas personas. Pero todo ello quedará para nuestra vuelta. Ahora, recoge lo que necesites. Hemos de partir hacia el Sur —recordó el policía.

CAPÍTULO X

Armando Ortega tenía su negocio de pompas fúnebres en el número 113 de la calle Txoalsqui.

A las ocho de la tarde, sus dos empleados se habían marchado y sólo quedaba él en el pequeño tabuco que empleaba como oficina.

El día había sido muy caluroso y Ortega, un mexicano de unos cuarenta años, delgado y con un gran mostacho negro, se había pasado la tarde bebiendo cerveza.

Hacia las siete, la cerveza se había terminado y Armando, que sólo disponía de una botella de tequila, decidió que tan bueno era aquel licor como la cerveza. Del tequila apenas quedaban ya un par de dedos.

Armando bebía un sorbo de la botella de tequila, daba una chupada al cigarro corto, que humeaba en el cenicero y pasaba una hoja de la revista, mientras el sudor corría a mares por sus facciones de pretuberculoso.

El ventilador, situado en lo más alto del viejo armario de vidrios esmerilados, apenas bastaba para aliviar el calor que producía en Su organismo el bochorno reinante y el exceso de alcohol.

Terminó de hojear la revista y la guardó en uno de los cajones de su desvencijada mesa.

Todo era viejo y polvoriento en aquel cuartucho de paredes renegridas y llena de telarañas.

Porque Armando Ortega era un hombre codicioso y avariento. Tenía dinero, mucho dinero, en la pequeña caja de caudales empotrada en el muro, tras la litografía de una versión del Juicio Final, igualmente renegrida y casi ilegible.

Sobre todas las cosas de este mundo, Ortega amaba el dinero. Quizá por ello había aceptado aquel «trabajito» de los yanquis.

Cirandello pagaba bien, ya lo creo, y Ortega no era hombre que despreciase una ganancia fácil y cuantiosa.

Total: sólo se trataba de conducir un automóvil hasta México, distrito capital.

Claro que Ortega sabía que bajo el asiento había un compartimiento frigorífico. Y que allí dentro viajaba un gringo congelado.

Que era ilegal... Bien, sí, pero Armando no entendía mucho de leyes. Por otra parte, había realizado tantos trabajos sucios a lo largo de su vida, que uno más carecía de importancia.

Armando había hecho buenos negocios con los yanquis: desde secuestrar jovencitas mexicanas, con destino a los prostíbulos de Los Angeles y San Francisco, hasta transportar y empaquetar la «hierba» en el sótano de su casa.

Porque las pompas fúnebres no daban para nada, desde que grandes industrias hacían la competencia a los pequeños negocios como el de Ortega.

Como todos los avaros, Ortega no podía vencer la tentación de echar una ojeada, cada noche, a sus tesoros. En la caja, se amontonaban tanto billetes mexicanos como norteamericanos. E incluso algunos documentos importantes.

El sudor corría por su frente, abundante, mientras palpaba, con expresión codiciosa, los sobados fajos de billetes, tantas veces contados y recontados.

Y de repente se oyó aquel crujido.

En el primer momento, Ortega pensó que se trataba del viejo ventilador, desengrasado.

Pero el crujido volvió a repetirse. Y ahora estaba seguro de que provenía del almacén, donde los negros ataúdes aguardaban, en vano, que un cuerpo humano sin vida viniese a ocuparlos.

Ortega quedó rígido. Los ralos cabellos de su nuca se habían erizado.

¿Empezaban a gastarles bromas los nervios? Por si acaso, Ortega se escurrió hasta la mesa, abrió un cajón y sacó un viejo revólver que jamás había usado.

Apagó la luz y desenchufó el ventilador. En el silencio, le sería más fácil detectar cualquier rumor. Porque Ortega tenía el oído muy fino.

Contuvo la respiración, avanzó despacio, tanteando las paredes, y se dirigió al almacén.

A medio camino, Ortega recordó que había dejado abierta la caja de caudales. Se hubiera tirado de los pelos por ello, pero decidió que era mejor seguir adelante y comprobar que sus temores eran infundados.

A través de los sucios cristales, penetraba una tenue claridad amarillenta, que provenía de la calle.

Recorrió el recinto, paso a paso, palpando, tembloroso, los féretros alineados a lo largo de los muros.

Pensaba que las maderas de los ataúdes, viejas y resacas, podían muy bien emitir chasquidos como los que había escuchado. Pero con ello solo trataba de serenarse.

No sucedió nada. Llegó junto a la puerta del corral, bien atrancada. Y la abrió, decidido a registrar las pilas de madera existentes allí.

Unos minutos después, regresaba al almacén, volviendo a atrancar la puerta.

—El tequila me está jugando bromas —se dijo, más tranquilo.

Penetraba en la oficina, cuando una sombra le cerró el paso. Ortega quiso apretar el gatillo, pero antes de que se produjese el disparo, un doloroso golpe en la muñeca le arrancó el revólver.

Alguien encendió la luz. Ortega chilló de sorpresa al ver al alto individuo que le encañonaba con una larga pistola pavonada.

—Vamos, vamos, Ortega: no soy ningún aparecido. Siéntese —invitó Blaine Kellow.

—Usted..., ¿usted es gringo! —murmuró el mexicano, aunque Blaine se había expresado en español.

—Una observación muy justa, amigo mío. Pero, vamos, siéntese.

—¿Qué..., qué pretende? —tartamudeó Ortega—. Sólo soy un honrado empresario de pompas fúnebres. No podrá robarme mucho, si es eso lo que pretende.

Dirigió una fugaz mirada a la caja de caudales, abierta. Y Blaine siguió aquella mirada, y comprendió.

—Me enternece usted, Ortega. La caja está repleta, según parece. Por supuesto que sus negocios serían ruinosos, si usted no los hubiese incrementado, transportando hombres congelados hasta México capital —insinuó, burlón.

—Usted..., usted se confunde, amigo. Ese dinero es mío..., ¡sólo mío! —gritó despavorido el mexicano, abalanzándose sobre la caja, con la intención de cerrarla.

No conocía bien a Blaine Kellow. Porque un golpe del canto de su mano envió a Ortega contra el viejo armario, cortándole la respiración.

Cuando se hubo recuperado, un espectáculo impresionante se ofreció a sus ojos: Kellow había amontonado su dinero sobre el piso de ladrillos y estaba rociando los fajos con una lata de gasolina.

Un rugido de fiera salió de su garganta. Pero el yanqui se volvió y le encañonó con su pistola, adivinando que el mexicano se disponía a saltar sobre él, decidido a salvar su dinero, a toda costa.

—¡Quisto ahí, Ortega! Sólo quiero hacerle unas preguntas, además de quedarme con los documentos que he encontrado en su caja. Sé que Troy Gadden ha pasado la frontera hace un par de días. Y usted sabe dónde está. Dígame..., ¿dónde puedo encontrarle?

Ortega tragó saliva y se pasó los nerviosos dedos por el lacio mostacho negro.

Amaba mucho el dinero, pero... si Gadden llegaba a saber que le había vendido, Ortega perdería algo más valioso que el dinero: la vida.

El viejo revólver de Ortega había ido a parar bajo la mesa, fuera del área de visión del intruso. Y Armando empezó a arrastrarlo disimuladamente con el pie. Si lograba agarrarlo, el yanqui tendría un entierro de tercera y además gratis.

—Está bien, Ortega: veo que no quiere hablar. En tal caso, me veo obligado a hacer esto.

Cogió la caja de fósforos de madera que había sobre la mesa y rascó uno, dejándolo caer sobre el montón de billetes impregnado de gasolina.

Una llamarada desplazó el aire ardiente dentro del cuartucho, lo que coincidió con el alarido rabioso del mexicano.

En la mano tenía ya su revólver, que conservaba cinco balas en el tambor.

Ya se disponía a disparar contra Kellow, cuando le detuvo aquella voz:

—Espera, idiota. Tengo que hablar con ese hombre, antes de que le metas en un ataúd.

Ortega se volvió de un brinco y vio al individuo que estaba en la puerta.

Inexplicablemente, el mexicano obedeció. Bajó el cañón del revólver y se precipitó como un diablo sobre la hoguera, tratando de salvar su dinero a riesgo de quemarse las manos.

Por desgracia para él, los fajos estaban bien impregnados en gasolina y ardían a grandes llamaradas.

El hombre que estaba en la puerta era ancho, macizo, y rubio. Vestía con discreta elegancia una chaqueta *blasier* y un pantalón blanco, muy deportivos.

Aquel individuo penetró en el cuartucho. Detrás de él penetraron otros dos individuos que portaban metralletas y ocuparon lugares estratégicos dentro del reducido tabuco.

Blaine Kellow dejó que la «*Parabellum*» se deslizase de los dedos.

Acababa de reconocer al hombre de la chaqueta *blasier*.

Era Troy Gadden. Y no parecía de muy buen humor.

—¿Me buscaba, amigo? En fin, aquí estoy. Puede hacerme cuantas preguntas quiera. En cuanto a usted, va a contestar pronto a las mías. Caso contrario...

CAPÍTULO XI

—¡Maldito, maldito, mil veces maldito! —chilló Ortega, contemplando, impotente, cómo su dinero se convertía en cenizas.

Al comprender que había perdido su tesoro, el mexicano se precipitó contra Kellow y le abofeteó hasta que la sangre manchó los labios del policía.

Hasta que el

G-Man

disparó el canto de su mano izquierda contra la nariz de Ortega, que cayó hacia atrás con los ojos en blanco.

Lo que siguió a continuación fue infinitamente más sangriento. Gadden saltó sobre el policía y le golpeó con el cañón de su metralleta en los labios.

Insatisfecho, aunque la sangre brotaba, abundante, de la boca de Kellow, Gadden le atizó un culatazo en la mandíbula y un rodillazo en el estómago.

—Te equivocaste de camino, *pig* —bramó Gadden, frenético—. Debiste haberte quedado en Los Angeles. Porque no saldrás de Tijuana.

Derrumbado sobre el suelo, dolorido y al borde del desmayo, Blaine escuchó lloriquear a Ortega, que todavía se empeñaba en apagar a manotazos las pavesas en que se habían convertido sus billetes.

—Deja de sollozar como una mujerzuela —le apostrofó Gadden—. En cierto modo, has recibido tu merecido, Ortega. Escondías el dinero como un judío y simulabas ser tan pobre como las ratas. ¡Apártate!

Blaine notó que le agarraban por los tobillos y le arrastraban sobre las ardientes pavesas a cierta distancia.

Continuó con los ojos cerrados. Porque de nada le serviría entonces derrochar sus escasas energías.

—¿Qué piensa hacer, señor Gadden? —preguntó, en español, una voz.

—Metedle en un ataúd. El más viejo, el más barato que podáis encontrar —respondió Gadden, brutal.

El segundo pandillero, un individuo alto y barrigudo, dotado de una nariz cómicamente larga, bizqueó, desconcertado.

—¿Un ataúd, jefe? Si quiere que yo me encargue del gringo, nada más fácil. Una «ducha» de plomo y le dejaremos en cualquier callejuela alejada —propuso.

Gadden volvió con la botella de tequila, de la que había estado bebiendo Ortega, y apuró lo que quedaba con un ademán ansioso.

—Sólo yo diré lo que hay que hacer. Y he pedido un ataúd, con cierres herméticos. Quiero hacer algo que tengo entre ceja y ceja, desde que Ortega nos contó aquella historia del hombre que fue enterrado vivo —insistió.

Ortega apareció en la puerta del almacén. Las últimas palabras de Gadden parecían haberle devuelto el ánimo, porque, con los ojos brillantes, asintió:

—¿De veras sería capaz de hacerlo, señor Gadden? Es lo único que merece ese cerdo, después de haberme arruinado. ¡Hágalo, señor Gadden! ¡El gringo tendrá la muerte más horrible que un tipo con pantalones haya podido imaginar...!

Ni un solo músculo se alteró en las facciones de Kellow, a pesar de que lo que acababa de escuchar recordaba algunas de las diabólicas experiencias del doctor Khadul.

—¡Aquí está! —chilló Ortega, señalando un féretro—. Arrastradlo hasta allá. Ese condenado gringo... pagará lo que ha hecho con mi dinero.

—Ayudarle —ordenó Gadden, a sus dos compinches.

Blaine Kellow abrió los ojos y vio que los dos hombres desaparecían tras una columna.

A la vista, sólo se encontraba Gadden, de espaldas.

Despacio, muy despacio, el policía se alzó del suelo y avanzó a espaldas del *gángster*.

Por desgracia, el suelo estaba cubierto de virutas. Gadden debió escuchar el rumor de sus pasos y se volvió, alarmado.

Desesperado, Blaine sólo tuvo tiempo de alargar su mano con dos dedos rígidos y clavarlos en los ojos de Gadden, que se disponía a disparar.

Un aullido de fiera brotó de la garganta del *gángster*. Inconscientemente, apretó el gatillo y la bala rozó, con un soplo ardiente, los cabellos del

G-Man.

Gadden, pegado y rugiendo de dolor, tropezó en un tablero y cayó sobre él.

Antes de que hubiera podido librarse de él, Blaine se sintió alzado bruscamente del suelo y un culatazo en la frente le derribó.

—¡Disparad, disparad, acribilladlo! —bramaba Gadden, en el suelo—. ¡Estoy ciego, ciego, no puedo ver...!

El pandillero barrigudo alzó su metralleta y tiró del cerrojo hacia atrás. Ya se disponía a disparar sobre el cuerpo inmóvil del G-Man,

cuando Ortega desvió el arma de un codazo.

—¡Quieto! —rugió—. ¿No ves que está sin sentido? Si le matas ahora, no sentirá nada... ¡Es mejor el ataúd!

Gadden acababa de ser izado por el otro individuo. Y murmuró, con voz contenida:

—Tiene razón, ¡tiene razón! No dispaes, Mendoza... Sería demasiado fácil. ¡Mis ojos...! ¡Apenas puedo aguantar el dolor!

Sostenido por su compañero, Gadden se cubría los ojos con las manos. Ortega le miró y se retiró, sobresaltado: entre los párpados manaba, denso, el humor vítreo.

—Será mejor que le llevemos a un médico —dijo el barrigudo, moviendo la cabeza—. Esos ojos...

—¡Después..., después! —gimió Gadden—. Antes quiero que despachemos este asunto. Atad al policía. He visto rollos de alambre por ahí. Atad sus manos y sus tobillos y metedle en el ataúd.

Intimidados por sus gritos, los dos pandilleros obedecieron, mientras Ortega cubría los ojos del *gángster* con un pañuelo no demasiado limpio.

—Está listo —dijo el moreno Mendoza—. Hemos cerrado y precintado el ataúd.

Los puños de Gadden se crisparon de cólera.

—Trae la furgoneta hasta la puerta, Ortega. Cargaremos el ataúd

y le llevaremos lejos de aquí. Vais a cavar una fosa profunda, de la que ese cerdo no pueda salir jamás —murmuró.

El féretro fue arrastrado hasta el portalón del almacén, por el que penetró la furgoneta funeraria de Ortega, en cuanto le fue franqueado el paso.

Cargaron el ataúd y la furgoneta salió a la calle.

Gadden, llevado por sus dos pandilleros, abandonó el almacén y fue acomodado en un «Falcon» *beige*, estacionado frente a la funeraria.

Ni siquiera se preocuparon de cerrar la puerta del almacén. La furgoneta, conducida por Ortega, se puso en marcha. Y los tres hombres la siguieron a borde del «Falcon».

* * *

Pam Kinley se mordió los labios, indecisa.

Desde el interior del «Toyota» de Kellow, aparcado en el solar próximo, había escuchado aquel disparo.

¿Era Blaine quien había disparado o, por el contrario...?

Un sollozo se escapó de sus labios. Pero no tardó en reaccionar: no era aquél el momento más propicio para flaquear.

Después de que el policía saltase la tapia y penetrase en el corral de la funeraria de Ortega, Pam había visto llegar aquel coche *beige*, del que descendieron tres hombres.

Estaba anocheciendo y en la callejuela había poca luz, por lo que no pudo reconocer a ninguno de aquellos tres individuos.

Cuando sonó el disparo, Pam se estremeció, alarmada. Porque sabía que Blaine rara vez utilizaba su pistola. ¿Qué había sucedido...?

El portalón del almacén se abrió y un hombrecillo delgado y cetrino puso en marcha el coche funerario aparcado en la callejuela y lo introdujo, marcha atrás, en el almacén.

La alarma que sentía subió algunos grados cuando, un momento después, el coche funerario volvió a salir... cargado con un ataúd.

Los tres desconocidos abandonaron el almacén, subieron al «Falcon» *beige* y se alejaron en pos de la furgoneta fúnebre.

La sospecha y el temor comenzaron a agigantarse en su ánimo.

«Debo entrar ahí —pensó—. Es la única forma de salir de

dudas».

Se apeó, rápida como una gacela, y penetró en el almacén. Diez segundos después volvía a salir.

El más negro presentimiento parecía haberse convertido en realidad. Subió al «Toyota», puso en marcha el motor y se alejó por la callejuela, a velocidad suicida, en la misma dirección que había seguido el coche funerario y el «Falcon» *beige*.

Cruzó una pequeña plaza y rodó a lo largo de una avenida, flanqueada de acacias.

A lo lejos divisó el coche fúnebre de Ortega, detenido ante un semáforo.

Pisó el acelerador a fondo. Las lágrimas cegaban sus ojos y tuvo que limpiarse los ojos de un manotazo enérgico.

—Blaine ha muerto —murmuró entre dientes—. Ha muerto, ha muerto..., ¡ha muerto!

Pero no quería creerlo. Si Blaine yacía en aquel ataúd..., ¡no quería pensarlo!

Sólo se rendiría a la evidencia, si encontraba a Blaine muerto. Y para ello debía hacer algo por detener al coche funerario.

La luz del semáforo cambió a verde cuando Pam llegaba al cruce. Dejó que dos o tres automóviles rodaran entre el «Toyota» y el coche que conducía Ortega. Uno de aquellos automóviles era el «Falcon» *beige*, que no se separaba más de unos metros del coche funerario.

Pam apretó los finos labios, animosa. No tenía miedo. Bajo el asiento había una metralleta. Si llegaba el momento de usarla, ¡la usaría!

Atravesando las animadas y abigarradas calles de Tijuana, tan llenas de vida, Pam pensó en Blaine Kellow. Y descubrió que amaba a aquel hombre, por encima de cualquier cosa.

¿Por qué, si no, había olvidado la tristeza y el miedo por la desaparición de su padre, desde que conoció a Kellow?

El coche funerario y el brillante «Falcon» se dirigían lejos de la ciudad, según pudo comprobar, al ver que los dos automóviles abandonaban las calles céntricas y avanzaban por un camino de tierra, flanqueado por viejos edificios semiderruidos y montones de chatarra.

Un momento después, los tres automóviles rodaban sobre el

firme de la autopista México-1.

Eran las diez de la noche y el tránsito de vehículos era escaso.

Un plan comenzó a perfilarse en la mente de la joven, al advertir que la autopista se alargaba junto a los acantilados del Pacífico.

Pisó a fondo el acelerador y el poderoso motor del coche que conducía rugió, potente.

Diez segundos le llevó ponerse a la altura del «Falcon», cuyo intermitente de la derecha destellaba, autorizando el adelantamiento.

Llegaba el momento más peligroso. Pero Pam no dudó ni un momento.

Bruscamente, torció el volante a la derecha y el paragolpes del «Toyota» golpeó con violencia las planchas del «Falcon».

Al volante del coche americano, el barrigudo pistolero de la nariz aguilina palideció, al ver que el vehículo era desplazado del asfalto y rodaba, dando tumbos sobre los guijarros.

—¿Qué..., qué diablos está pasando? —murmuró Gadden, espantado.

Nadie le respondió.

Porque, en realidad, ninguno de los tres hombres tuvo tiempo para comprender lo que iba a suceder, de un momento a otro.

El «Falcon» chocó contra unas rocas, sus ruedas delanteras giraron en el aire y los bajos rozaron los pedruscos.

El vehículo rebotó de roca en roca durante un corto trecho, se incendió al destrozarse el taque de gasolina y, envuelto en llamas, se precipitó al mar.

Para entonces, Pam había logrado enderezar la marcha del «Toyota», y seguía apretando el acelerador, sin mirar atrás.

Podía imaginarse lo que acababa de ocurrir detrás de ella. Pero no quería pensar en ello.

Un kilómetro más allá, Ortega aminoró la marcha, y desvió su coche a la derecha, alarmado al comprobar que el «Falcon» no le seguía.

Estaba apeándose, cuando un bello automóvil japonés frenó espectacularmente a su altura y se desvió rápido a la derecha, inmovilizándose delante del coche funerario.

Intrigado, Ortega se preguntó dónde había visto él aquel «Toyota».

Estaba pensando en ello, cada vez más alarmado, al ver que el «Falcon» no aparecía, cuando se abrió la portezuela del «Toyota» y apareció un bello par de piernas.

Ortega se atragantó al ver la metralleta que la muchacha portaba en las manos. Y viendo que ella corría hacia él, gritando algo, el mexicano perdió los nervios y se abalanzó a recoger el revólver que había dejado en el asiento de su coche.

Muy próxima ya al coche funerario, Pam vio salir a Ortega con el revólver en la mano. Y comprendió que el hombrecillo se disponía a disparar contra ella.

Oprimió el gatillo de la metralleta y el chorro de balas segó el pecho del mexicano.

Impulsado hacia atrás por la fuerza de los impactos, Ortega, en el último espasmo, pensó que el día había sido lamentable.

«Lo he perdido todo —pensó—. Mi dinero y la... vida».

Poco a poco, se escurrió hasta el suelo, y quedó boca arriba sobre el asfalto, con los brazos abiertos y un rictus de incompreensión en su delgado rostro. Estaba muerto.

Pam no quiso mirarle.

Rodeó el vehículo, abrió la puerta posterior y quiso levantar la tapa del féretro.

Tuvo que romper los alambres con el cañón de la metralleta, a modo de palanca.

En el momento de alzar la tapa, su espanto era tanto que ni siquiera oyó el chirrido de unos frenos. Un automóvil acababa de detenerse tras el coche fúnebre, y sus focos iluminaban la escena.

Blaine estaba dentro del ataúd, con las muñecas amoratadas, por los alambres, con los ojos muy abiertos..., ¡vivo!

Lo besó apasionadamente en los labios, y murmuró frases atropelladas, mientras sus dedos libraban al joven de aquellas ligaduras.

En el coche que acababa de frenar detrás de ellos había una parejita de jóvenes que habían contemplado, espantados, cómo Pam abría el ataúd y... besaba al «cadáver».

Aterrorizada, la jovencita se abrazó a su novio, y murmuró, estremecida:

—¡Da... da la vuelta ahora mismo, amor mío! ¡Ésa... mujer es una profanadora de cadáveres...!

Blaine, que se había incorporado y abandonaba el ataúd en ese momento, les vio huir y rió, divertido.

—Creo que hemos terminado nuestra misión en Tijuana, amor. Sigamos camino a México. Cenaremos por el camino —dijo.

Para le contempló, estupefacta. Sin fuerzas para responder, bajó del coche fúnebre y se dejó conducir por Blaine hasta el «Toyota».

Poco después reemprendían el viaje.

CAPÍTULO XII

A las diez de la mañana, Blaine Kellow y Pam Kinley abandonaron el parador de carretera y prosiguieron viaje hacia la ciudad de México.

Tal vez si hubieran advertido que alguien había espiado su partida, con gran interés, hubieran dado la vuelta. Pero no fue así, y el caballero americano de los cabellos canosos y las sonrosadas mejillas, que se encontraba junto al gran ventanal que dominaba la autopista, dejó su taza de café sobre el platito, se limpió los labios con ademán reposado y, apartándose de la mesa, penetró en la cabina telefónica.

Tras lo cual, descolgó el teléfono y pidió conferencia con México, capital.

La comunicación tardó poco más de diez minutos en producirse.

Habló con voz reposada y cuidadosa durante un minuto. Oyendo las palabras de su comunicante, sonrió, afable, y dijo:

—Confío en ello. Así, pues, vuelvo a mi país —y colgó.

Pagó su cuenta en recepción, añadió una discreta propina de dos dólares y esperó a que un empleado trajese su coche, un «Cadillac» enorme y brillante.

Hacia las diez y cuarto el «Cadillac» se dirigía a velocidad moderada hacia Tijuana.

Entretanto, Kellow y *miss* Kinley gozaban del delicioso y tranquilo viaje, camino de la capital de México.

La mañana era soleada y radiante. El sol reverberaba sobre el asfalto, tan cegador, que Blaine tuvo que inclinarse y tomar las gafas de sol de la guantera.

Junio a él, Pam vestía un jersey celeste, admirable, y unos diminutos pantalones cortos, que suponían toda una irresistible

tentación.

—Aún no sé quién es Teodomiro González —dijo ella, tratando de distraer la atención del policía, excesivamente atraída por sus piernas.

—Un asesino profesional, metido en ciertos oscuros negocios de transportes. Según piensa Garber, González se encargó de transportar a tu padre y a los demás expertos nucleares, a esa misteriosa isla que nadie ha podido visitar.

—¿Qué técnica emplearemos contra González, superagente?

—Estoy pensando en ello. Es curioso: según Menéndez, nuestro agente en México, capital, también González se muere por unas faldas..., lo mismo que el difunto Steve García. Por tanto, es posible que corra a tu cargo el papel principal...

Pam entornó los ojos y murmuró, con cierto dejo de preocupación:

—Me gustaría que esto terminase pronto, Blaine. Demasiada violencia, demasiadas muertes, demasiada sangre...

—Lo comprendo. Eres una mujer. Y sentimental, como todas. Sin embargo, tu trabajo en la agencia Crouner era peligroso...

—Entonces no me embargaba el espanto que ahora siento, Blaine. Y además..., no te conocía. Ahora... he descubierto que vale más amar que odiar y matar. Es lamentable que no pienses como yo.

Blaine no respondió. Parecía atento sólo a la tarea de conducir a gran velocidad, camino de México.

Hacia las doce de la mañana habían avanzado más de doscientos kilómetros. El sol calentaba de firme y el asfalto despedía aire candente, que desdibujaba la silueta del horizonte.

La autopista, moderna, amplia y lisa, permitía desarrollar velocidades superiores a los ciento cincuenta kilómetros por hora, y Blaine se daba gusto en pisar el acelerador.

Fue Pam la que dijo aquello:

—¿No lo oyes? Juraría que he oído el zumbido de un helicóptero sobre nuestras cabezas.

No bien acababa de hablar, cuando crepitó, fragorosa, una ráfaga de ametralladora y los proyectiles picotearon el asfalto peligrosamente cerca, en dirección paralela a la marcha del automóvil.

Blaine hundió el pie en el freno. El brusco frenazo arrojó a Pam contra el panel de instrumentos, pero el «Toyota» se detuvo sobre el arcén, dejando tras sí las huellas negruzcas del impresionante frenazo.

El helicóptero apareció a la vista. Se alejaba sobre una colina próxima, pero su curva trayectoria indicaba que el piloto se disponía a volver sobre la autopista.

—¡Abajo, Pam! —gritó el policía, abriendo la portezuela y tomando la metralleta—. Estoy seguro de que harán diana sobre el coche en la próxima pasada. ¡Vienen por nosotros...!

Volvía ya el helicóptero, cuando alcanzaron la cuneta.

—Métete ahí —ordenó Kellow, con energía, señalando la alcantarilla que pasaba bajo la autopista—. ¡Estarás a salvo!

—Pero, Blaine, tú... ¿Qué estás tramando?

—Voy a distraerles. Y si tengo suerte...

Pam no pudo oír el resto porque el policía corría ya a toda velocidad de sus piernas a campo través, cuesta abajo por la suave pendiente, a mitad de la cual se alzaban las torretas metálicas que sustentaban una línea eléctrica de alta tensión.

Arriba, el helicóptero descendió, zumbando sobre la conducción eléctrica. De nuevo volvió a oírse el tableteo amenazador de la ametralladora y Pam se estremeció al comprobar que los impactos levantaban surtidores de arena en sentido oblicuo a la marcha de Kellow.

Vio que el policía se detenía para tomar aliento y aguardaba la vuelta del aparato.

—¡Dispara, dispara! —musitó Pam, entre dientes—. ¡Derriba el helicóptero o ellos...!

Pero Blaine había reemprendido la marcha y corría, veloz, en dirección siempre hacia la conducción eléctrica.

El helicóptero pasó tan bajo que Pam pudo ver a los dos hombres que ocupaban la carlinga. Uno de ellos mantenía entreabierta la portezuela abatible y dirigía su ametralladora hacia abajo.

Blaine corría sin parar. Y el helicóptero descendía cada vez más en su persecución.

Unos segundos antes de que ocurriera la catástrofe, Pam adivinó la intención de Kellow, al correr hacia la línea de alta tensión.

De repente, los gruesos cables eléctricos se interpusieron ante el helicóptero, cuyo piloto trató de elevarse en el último momento, ante la inminencia del accidente.

El tren de aterrizaje del aparato se enganchó entre los cables, surgió una llamarada cárdena y el helicóptero cayó y rebotó sobre la tierra.

El tanque de combustible hizo explosión y arrojó fragmentos de metal en todas direcciones. Kellow, que se había lanzado de bruces a tierra, permaneció inmóvil, protegiéndose la cabeza con los brazos.

Al cabo alzó la cabeza y miró hacia atrás. Lo que vio le dejó helado de estupor.

El helicóptero, deformado, ardía a grandes llamaradas. Y entonces un hombre bajito y moreno salió entre los restos del aparato.

Sus ropas humeaban, pero aquel hombrecillo no parecía haber sufrido gran cosa, a juzgar por la ligereza y rapidez de sus movimientos.

Lo peor de todo era que aquel individuo llevaba una pistola en la mano y disparaba como un demonio contra Kellow, que acababa de incorporarse, y buscaba con urgencia su metralleta, perdida al caer a tierra.

El plomo caliente golpeó muy cerca, manchando de tierra los labios del policía, que palpaba los yerbajos desesperadamente.

De pronto, sus dedos hallaron el frío metal del arma.

El hombre bajito corría hacia él, con el rostro encendido de cólera.

Blaine alzó la metralleta y mantuvo apretado el gatillo hasta que el percutor golpeó en vacío.

El hombrecillo moreno lanzó un alarido alucinante, abrió los brazos y cayó a tierra dando volteretas, impulsado por la inercia de su carrera.

Blaine suspiró hondo, se puso en pie y se acercó con precauciones.

Sin embargo, nada tenía que temer ya. El pecho de aquel hombre estaba cosido a balazos y su camisa empapada en sangre caliente.

Sobreponiéndose a la repugnancia que sentía, el policía registró

sus bolsillos y sacó un billetero que contenía más de dos mil pesos en billetes y algunos documentos.

El documento de identidad del hombrecillo que estaba desangrándose sobre los yerbajos estaba expedido a nombre de Teodomiro González, dueño, entre otros negocios, de la compañía Air Charters Of México.

Las mismas palabras que podían leerse aún sobre las planchas del helicóptero incendiado.

Blaine se volvió, de un respingo, al oír rumor de pasos. Era Pam, que traía impresas en su rostro las huellas del miedo que acababa de pasar.

—En el helicóptero hay un cadáver carbonizado, Blaine. Pero no hay nada que hacer: no hay quien pueda acercarse a esa hoguera —dijo, con voz estrangulada.

Blaine se volvió y advirtió que los cables rotos de la línea de alta tensión chisporroteaban sobre el suelo, despidiendo fuertes chispazos.

—Será mejor que volvamos al coche antes de que haga su aparición la policía mexicana. Aquí no tenemos nada que hacer. Este hombre era Teodomiro González, por tanto tendremos que cambiar de planes, puesto que nada nos queda que hacer en México. Dame la mano, pequeña. Todo ha terminado bien... por esta vez —dijo Blaine, incorporándose y guardando la documentación de González en el bolsillo.

Corrieron a través de los yerbajos y los espinos y alcanzaron el «Toyota».

Un momento después rodaban a velocidad discreta, de regreso a la frontera.

Muy a tiempo, porque un coche de la policía les cruzó, dos kilómetros más allá, haciendo sonar su sirena.

—Hay algo que no puedo comprender, Blaine —murmuró Pam, que aún no había logrado recuperarse del miedo pasado en la alcantarilla—. ¿Cómo sabía Teodomiro González que pensábamos visitarle?

Kellow lanzó una carcajada irónica.

—¿Cuál puede ser la explicación? Hay un personaje oscuro y misterioso que dirige una densa red de delincuentes..., el mismo al que nosotros hemos llamado mister «G». Pues bien: estoy seguro de

que fue míster «G» quien previno a González. Ahora... es posible que ese criminal se confíe. Tal vez cree que hemos muerto. Sin embargo, no pasará mucho tiempo antes de que míster «G» averigüe la verdad.

—Entonces..., ¿cuál será nuestra próxima etapa? —preguntó Pam, con más temor que interés.

—Miami, querida. Y desde allí, al punto marcado en el mapa que encontramos en poder de Steve García. En Caracas hay un hombre del FBI llamado Fred Constantin. El nos facilitará los medios para llegar a esa... especie de... isla misteriosa —comentó, burlón.

Pam le dirigió una ojeada, entre temerosa y admirada. En su fuero interno, la muchacha pensaba si un tipo como Blaine Kellow era de carne y hueso o sólo producto de una mente fantástica.

Acababa de escapar a la muerte, por puro milagro. Y sin embargo todavía era capaz de bromear.

CAPÍTULO XIII

Ex calor era bochornoso y húmedo en la galería de arte Constantin, en la avenida Honduras, en Caracas.

Blaine y Pam, ataviados con indumentarias muy veraniegas, se abrieron paso a través de las salas de exposición, absolutamente atestadas de un público que hablaba un español lento y lánguido.

—Está allí —dijo Blaine—. Es aquel de la barbita.

Pam se quedó de una pieza, contemplando al delgado individuo, ataviado con una estrafalaria camisa psicodélica, unos pantalones rosa acampanados y unas grandes gafas de búho que disertaba en un extremo de la sala principal con un grupo de jóvenes universitarios.

Pam estuvo a punto de soltar la carcajada, al advertir que Fred Constantin gesticulaba con exageración, y se expresaba en un tono chillón e incluso afeminado.

—No te burles, pequeña —susurró Blaine—. A pesar de su aspecto, Constantin es uno de los más inteligentes y peligrosos hombres del espionaje americano.

De sorpresa en sorpresa, Pam siguió a Blaine, que se aproximaba ya al dueño de la galería de arte.

Vio como el policía federal hablaba unas palabras con él y el «original» Constantin se disculpaba con sus oyentes y se volvía hacia Kellow.

—Encantado, *miss* Kinley. ¡Oh, una dama exquisita, amigo Kellow! Tendré mucho gusto en invitarles a almorzar en mi casa de la avenida de España, donde charlaremos tranquilamente.

A la una del mediodía se reunían con Constantin en su casa, en realidad un viejo palacio español, primorosamente restaurado y amueblado con muebles de época muy valiosos.

A pesar de su pintoresco aspecto, Constantin poseía una cultura poco común y una erudición fuera de toda duda.

Terminado el almuerzo, Constantin dijo a Kellow que podía ocuparse del asunto que les traía a Venezuela.

—Pero es..., sí, muy extraño, amigos míos: esa isla a la que usted se refiere, Kellow, «no existe» —declaró, tras consultar la copia del mapa de Steve García—. Créanme, conozco bien esa parte de la costa venezolana y jamás he visto tal isla ni la he oído mencionar nunca.

—¡No es posible! —exclamó el policía americano—. Está aquí, claramente dibujada: «Isla Search», a unas ochenta millas de la costa, dirección nordeste.

—El dibujo y la anotación han sido hechos a mano. ¿No puede ser la obra de un bromista? Está bien, consultaremos al servicio de información de la Armada Venezolana —decidió Constantin.

La respuesta de la Armada fue negativa: no existía ninguna isla de aquel nombre, en la situación anotada, ni en muchas millas a la redonda.

—A pesar de ello —insistió Kellow—. Quiero hacer un viaje por mar hacia esas latitudes, Constantin. ¿Cree que podría adquirir una embarcación?

A Constantin le brillaron los ojos de entusiasmo.

—Tengo lo que necesitan. Acompañenme al puerto de embarcaciones deportivas, por favor.

El mismo Constantin les llevó allí en un gran «Buick» descapotable.

Bajaron en el muelle principal y avanzaron a pie, bajo las imponentes grúas que realizaban la carga de varios cargueros de gran tonelaje.

Pasaban justamente bajo una de las grúas que izaba un gran camión

«G. M. C.»,

cuando escucharon un penetrante grito de aviso.

Coincidiendo con ello, arriba se oyó un espeluznante crujido metálico.

Blaine no tuvo que alzar los ojos para comprender que algo siniestro estaba ocurriendo.

Sin meditarlo, dio un salto y empujó brutalmente a Constantin y

a Pam, que le precedían unos pasos.

Juntos, rodaron por el suelo adoquinado del muelle. Constantin murmuraba ya una poco masculina imprecación, cuando escuchó el estrépito con que se estrellaba el camión sostenido por la grúa, que quedó destrozado sobre el pavimento.

—¡Ca... caray! —murmuró Constantin, sudoroso—. ¡Po... podrían tener más cuidado y... revisar esas grúas de cuando en cuando! ¡Hemos estado a punto de... sufrir un accidente mortal!

—Mucho me temo que no se trate de un accidente, amigo —respondió Kellow, incorporándose de un salto y emprendiendo la escalada por la escalera de hierro que llevaba a la elevada cabina de mando de la gigantesca grúa.

Los trabajos fueron interrumpidos en el muelle y, al cabo, una gran muchedumbre, formada por marinos, vigilantes y empleados del puerto, se reunió alrededor de la abollada chatarra en que había quedado convertido el gran «G. M. C», al caer desde gran altura sobre el suelo.

La ira cegaba a Kellow, que estaba seguro de haber sido objeto de una maniobra criminal.

Sólo deseaba una cosa: encararse con el empleado que manejaba la grúa. Pero cuando penetró en la cabina una exclamación de asombro y de decepción brotó de sus labios.

Porque el hombre estaba de bruces sobre las palancas de accionamiento. Con un balazo en el pómulo, del que apenas manaba un hilillo de sangre.

¿Se había suicidado aquel individuo, después de haberse prestado a un atentado criminal...?

Blaine buscó un arma, pero no la encontró.

«Sólo existe una explicación: le mataron a distancia —pensó—. Tal vez con un rifle potente, dotado de visor telescópico».

No bien acababa de pensar tal posibilidad, sonó un seco chasquido y un cristal saltó destrozado en fragmentos.

Blaine hizo lo que estaba a su alcance: se dejó caer al suelo y aguardó inmóvil.

Así le encontraron los tres policías que penetraron en la cabina minutos después.

Para Blaine, todo aquello supuso un trámite enojoso y estúpido, puesto que los policías se empeñaron en llevarlo a la comisaría para

prestar declaración.

Al final, y gracias a la insistencia de Fred Constantin, los policías le dejaron en libertad, tras firmar una breve declaración, en la que relataba todo lo ocurrido.

Pam y Constantin estaban pálidos, cuando pudo reunirse con ellos en el muelle de embarcaciones deportivas. Pero Blaine no parecía impresionado y, al cabo, su entusiasmo hizo que los otros olvidaran el incidente.

Constantin señaló con el brazo extendido el lujoso yate que se hacía en las aguas del puerto, muy cerca de ellos. —Éste es mi «Rapid Shark»-X-13, aunque, como verán, sólo están pintadas sobre sus planchas las dos palabras de su nombre— dijo.

—Una bella embarcación de lujo —alabó Kellow.

—Escuche, amigo: a simple vista, usted no puede conocer todas las ventajas de mi yate. Dispone de cuatro camarotes de dos literas, cocina a gas, frigorífico y televisión, además de un pequeño y funcional salón de estar-comedor. Además...

—¿Más comodidades todavía, Fred? —sonrió Kellow.

—«Comodidades» no sería la expresión más exacta. Yo les llamaría medidas de seguridad. Porque el «Rapid» puede sumergirse y navegar bajo el agua con la misma facilidad que un submarino —declaró Constantin.

Pam dio un gritito de admiración.

—¿Lo dudan? Bajo el casco existen unas perforaciones que corresponden a los tanques de inmersión. La trampilla de cubierta se cierra automáticamente y sus ojos de buey están dotados de cristales herméticos, de tres pulgadas de grosor.

Blaine miró la nave con mayor interés.

—Pero hay más —siguió Constantin—. Para cualquier observador, el yate es impulsado por un corriente motor «Mercury», ¿no es cierto? Pero bajo la línea de flotación existen dos toberas de turbohélice, capaces de impulsar el yate a más de sesenta nudos por hora. Mi «Rapid» dispone de radio de gran alcance. Dentro de un compartimiento secreto, existen armas y municiones, e incluso varios kilos de explosivo de plástico y detonadores eléctricos. Hay también un par de equipos de hombre-rana...

Hizo una pausa para observar a Blaine y Pam, y añadió:

—Bajo la pequeña cubierta de proa se esconden los cañones de

dos lanza-torpedos de treinta y ocho milímetros. Mi «Rapid» puede navegar durante miles de millas sin tocar puerto y siempre tiene sus tanques de combustibles llenos a rebosar. En fin, amigos, es todo cuanto puedo ofrecerles. ¿Sabe usted gobernar un yate, Blaine?

El policía lanzó un suspiro y sonrió.

—Espero que sí. ¿Cuándo podemos disponer del «Rapid»? — preguntó.

Constantin señaló la embarcación con un ademán daliniano.

—Helo ahí a vuestra disposición. El frigorífico está lleno de víveres y en la cabina de mando hay toda una colección de cartas de navegación. Saltemos a bordo: le enseñaré el manejo de los motores.

Blaine tomó la mano de Pam y juntos saltaron a cubierta.

Algunos minutos después, Fred Constantin regresaba a tierra de un ágil salto, y el «Rapid Shark» se separaba del muelle y enfilaba la bocana del puerto.

CAPÍTULO XIV

El sol se hallaba ya muy bajo, sobre la línea del horizonte. La mar estaba picada y hacia levante se alzaban unos oscuros nubarrones que presagiaban tormenta.

Tras el timón del «Rapid Shark», Blaine Kellow no parecía muy satisfecho.

Habían navegado durante todo el día sin descanso, a unas ochenta millas de la costa, habían avanzado en todas direcciones y vuelto al punto de partida. Es decir, al lugar exacto donde debería hallarse aquella misteriosa Isla Search, marcada en el mapa de Steve García.

La mar picada se había transformado en marejada y el «Rapid Shark» se balanceaba fuerte, situado al paio, con los motores silenciosos.

Pam se encontraba junto a Blaine. Y tampoco parecía muy alegre.

Fuera, el viento iba arreciando hasta convertirse en huracanado.

Ella no quería decir nada, pero tenía miedo. Temía que la tempestad se desatase y que el océano les acogiese en sus siniestras profundidades.

No bastaba con saber que el «Rapid Shark» era una perfecta máquina submarina y, según Constantin, a prueba de tempestades.

En la soledad del mar, Pam no se sentía segura de nada... excepto, quizá, de la habilidad y la serenidad de Blaine Kellow.

—Es incomprensible —dijo Blaine en aquel momento, volviéndose a ella—. Pero tendré que admitir que tal vez Constantin estaba en lo cierto al suponer que esa anotación en el mapa era la obra de un bromista.

El viento soplaba cada vez más fuerte, arrancando quejumbrosos

quejidos, al rozar la nave.

—No sé, Blaine. Pero hay algo serio y real en todo esto: Mi padre y cuatro hombres más han desaparecido sin dejar huella, a excepción del fallecido Gowlan —respondió, pensativa, Pam.

Blaine encendió dos cigarrillos y ofreció uno a la mujer, que tomó uno y chupó con ansiedad, aspirando el humo, que arrojó sobre los empañados cristales de la cabina.

—Tienes razón. En cualquier caso, empiezo a arrepentirme de haberte traído, Pam. Nada sentiría más que te ocurriese algo desagradable —dijo el hombre.

Se calló lo que pensaba por no alarmarla. En realidad, todo tenía un tinte siniestro, en aquella misión.

La mano derecha de Pam oprimió la suya suavemente.

—No temas por mí, Blaine: sabré comportarme. Pollo demás, no renunciaré a recuperar a mi padre a menos...

—¿A menos qué?

—Que haya muerto —respondió ella, con voz trémula.

—Eso está por demostrar, pequeña. Animo. No vamos a fracasar.

—¿Qué piensas hacer, Blaine? Está anocheciendo. Navegar por estas aguas, poco profundas, por la noche, puede ser arriesgado...

El sol se había escondido, y la claridad disminuía por momentos.

Ya se disponía a responder Blaine, cuando algo extraordinario empezó a suceder, a poco más de dos millas de donde se encontraban.

Primero fue un monstruoso remolino, que agitaba las aguas del océano, de forma turbulenta.

El mar se cubrió de montañas de espuma en aquel lugar y enormes olas de diez metros de altura se formaron alrededor.

Luego, del fondo del océano emergió una gran masa oscura y metálica, de forma circular.

—¡Dios... santo! —gimió Pam—. ¿Qué... cosa horrible es... ésa, Blaine?

Kellow tomó los prismáticos y los enfocó sobre la extraña masa metálica que emergía del mar.

—Creo... que se trata de nuestra isla, Pam —respondió, lleno de estupor.

Conteniendo la respiración, presenciaron el inaudito fenómeno: una enorme plataforma metálica emergió por completo, sustentada

por seis gruesas columnas de acero.

—¡Jamás... lo hubiera creído, de... no verlo con mis... propios ojos! —exclamó Pam, tan impresionada por lo que estaba viendo, que apenas acertaba a articular las palabras.

—Es como... una de esas plataformas metálicas para el sondeo de yacimiento petrolíferos submarinos —murmuró Blaine—. Sólo que diez veces mayor...

—Pero no comprendo...

—¡Calla! —susurró Kellow, absorto—. Una enorme antena de radar acaba de desplegarse y se pone en movimiento... Veo unas construcciones semiesféricas sobre la plataforma...

—¡Déjame ver! —pidió Pam, con ansiedad.

Miró a través de las poderosas lentes y comprobó que Blaine había dicho la verdad.

De pronto, Pam advirtió aquellas figuras humanas que se movían sobre la extraña isla de acero.

—¡Hombres! —exclamó—. ¡Hay hombres vestidos de uniforme..., aunque no puedo reconocer sus vestiduras...!

Kellow le arrebató los prismáticos y los enfocó. Durante unos segundos estuvo mirando con gran interés.

Y luego, de pronto, los entregó a Pam con gran urgencia.

Viendo que él ponía el motor eléctrico en marcha, Pam preguntó, alarmada:

—¿Qué ocurre?

—Vamos a sumergirnos inmediatamente. He visto cañones de largo alcance sobre esa isla de acero, Pam. Además, está el radar... Si nos descubren, ¿qué imaginas que harán con nosotros?

Blaine accionó automáticamente la palanca que cerraba las dos escotillas de proa y popa, y puso en marcha el mecanismo de inmersión, tras apagar la luz de la cabina.

Por unos minutos, sólo se oyó el gorgoteo metálico que producía el agua, al penetrar en los compartimientos de inmersión.

El «Rapid Shark» experimentó una leve sacudida y la oscuridad se hizo casi absoluta en la cabina de mando: estaban descendiendo.

A veinte brazas bajo la superficie del mar, la embarcación se detuvo: era el límite de inmersión. Diez brazas más y el «Rapid» podría estallar fácilmente.

El silencio se hizo total, absoluto. A aquella profundidad, las

entrañas del océano no experimentaban el menor movimiento.

—Ni siquiera aquí estamos a salvo —susurró Blaine en la oscuridad, buscando la mano de la mujer—. Ellos tienen un enorme radar y, en cuanto empiece a funcionar, detectarán nuestra presencia...

—¿Entonces? —preguntó Pam, estremeciéndose.

—Sólo veo una solución: aproximamos. Acercarnos a esa extraña plataforma, antes de que el radar descubra nuestra presencia.

Accionó el motor eléctrico y el «Rapid Shark» se puso en movimiento.

Transcurrieron quince minutos. Pam apretaba la mano de Blaine como si de ello dependiera su vida.

A medida que se aproximaban, un rumor hondo y potente comenzó a dejarse sentir.

—Motores —dijo el policía. Y encendió los faros del «Rapid».

A través de los cristales, Pam escrutó las azules profundidades. Poco a poco, las enormes columnas de sustentación fueron haciéndose visibles.

Kellow dejó que la embarcación avanzase un poco más, y entonces apagó los faros y cortó el motor eléctrico de propulsión. Muy despacio, el «Rapid Shark» descendió unos metros, y se posó sobre la arena del fondo submarino.

—Esa plataforma —dijo Pam, al cabo—. ¿Qué significa, Blaine?

—¿Qué otra cosa puede ser sino... una base secreta? El rumor continuo de esos motores puede ser un alternador u otro medio de producción eléctrica. Probablemente, la plataforma permanece sumergida durante el día, y sólo emerge al anochecer, un original medio de pasar desapercibidos...

—Pero... ¡todo es fantástico, Blaine!

Kellow asintió con un gesto grave. En su fuero interno empezaba a considerar que la organización criminal contra la que luchaban era mil veces más poderosa de lo que en un principio había imaginado.

¿A qué inconfesables fines se destinaba aquella metálica isla artificial llamada Search?

Y si los expertos nucleares secuestrados se encontraban en Search... ¿continuarían con vida..., habrían sido asesinados?

Se sentía frío, indeciso, acosado por la inseguridad y el miedo.

Sin embargo, no dudó, a la hora de tomar una decisión.

—Vamos a subir, Pam —decidió.

Calculando que se encontraban bajo la plataforma de acero, Blaine puso en marcha las bombas de aire comprimido que desalojaban los compartimientos de inmersión.

Se oyó un silbido tenue y la embarcación comenzó su ascensión con suavidad. A medida que subían, una claridad tenue penetraba a través de los cristales. De repente, el «Rapid» se detuvo y quedó balanceándose sobre la superficie.

Estupefactos, Blaine y Pam contemplaron la alargada forma oscura que se balanceaba, próxima a ellos.

—¡Un submarino! —exclamó Blaine—. Un moderno submarino... Naturalmente, es el medio de que se valen para trasladarse a tierra.

—Blaine..., ¡si nos descubrieran! —musitó Pam, aterrada.

El submarino parecía sujeto a una de las grandes columnas de sustentación. Arriba, en la plataforma, existía un agujero de unos dos metros de diámetro, por el que descendía una escala metálica y el soporte de algo que parecía un montacargas.

—Tienes razón, querida —susurró Kellow—. Es arriesgado permanecer en la superficie. Tendré que salir de aquí, y subir por esa escala.

—¿Subir? Oh, Blaine, tengo miedo. No puedes dejarme sola.

Blaine oprimió su mano, con ternura.

—Es necesario, pequeña. Alguien debe quedar a bordo del «Rapid», que es nuestro medio de salvación. Voy a ponerme uno de los equipos de hombre-rana y a subir a la plataforma. Inmediatamente, tú sumergirás el «Rapid», y aguardarás. Pongamos en hora nuestros relojes. Dentro de sesenta minutos, volverás a la superficie. Si transcurrido ese plazo no he vuelto, te alejarás de aquí y procurarás alcanzar la costa.

Pam fue a protestar, llena de angustia. Pero el nudo que se había formado en su garganta le impidió hablar.

En el camarote cercano, Blaine estaba poniéndose el traje de goma, del equipo de hombre-rana.

CAPÍTULO XV

El laboratorio estaba silencioso.

Inclinados sobre sus mesas de trabajo, dos hombres vestidos con batas blancas.

El de las sienes plateadas se llamaba Arthur Kinley, y solamente unos meses atrás, sus cabellos, eran completamente negros.

En efecto, Kinley había envejecido más en los últimos meses que en los veinte años precedentes.

De cuando en cuando, Kinley alzaba los ojos del papel y miraba de reojo a su compañero, Fred Koyle, mucho más joven que él.

También Koyle vigilaba a Kinley por el rabillo del ojo. Y se sentía nervioso cada vez que el anciano alzaba el lápiz del papel.

—Está perdiendo el tiempo a propósito, doctor Kinley —murmuró Koyle, iracundo—. ¡Tiene que hacerlo! ¡Hágalo!

Kinley le miró con desprecio a través de los cristales de sus gafas de montura dorada.

—No seré un traidor a mis principios ni a mi patria, Fred. Pero además... —se interrumpió para dirigir una ojeada temerosa hacia la puerta metálica del departamento—. Aunque quisiera hacerlo no podría. Mi cerebro es... un caos. Me... siento al borde de la locura. Sólo pienso en... mi hija.

Sus últimas palabras habían terminado en un trémolo angustioso.

—Si pudiéramos escapar... —añadió, lleno de esperanza.

Fred Koyle rió desagradablemente.

—¡Escapar! No podrá conseguirlo. ¿Olvida que más de veinte hombres bien armados nos vigilan día y noche...? Por lo demás, el océano nos rodea. Hay ochenta millas hasta la costa. ¿Cómo piensa cubrir esa distancia? ¿Tal vez nadando? —se burló.

Kinley ocultó el rostro entre las manos. Estaba llegando al límite de su resistencia.

Koyle le espiaba a través de sus ojillos miopes, dispuesto a volver a la carga:

—No sea estúpido, doctor Kinley. Usted puede hacerlo, puede recordar el diseño de la cabeza nuclear. ¡Concéntrese, fuerce la memoria..., recuerde que usted fue el autor del proyecto...!

Kinley denegó con la cabeza.

—No. Terminantemente, no. Si mi cerebro funcionase bien, dibujaría un engendro capaz de engañar a ese diabólico doctor Espada. Pero ni de eso soy capaz, después de llevar setenta días en esta ratonera de acero, durmiendo de día en el fondo del océano y viviendo de noche sobre esta plataforma —dijo.

Koyle se desesperaba. Era joven y estaba aterrado.

—Estúpido, cretino, idiota... —apostrofó al anciano, fuera de sí —. Hemos visto morir a Quincy y a Durham..., ¿no comprende que si el doctor Espada no consigue lo que desea nos dará una muerte horrible?

El anciano le miró, sarcástico.

—No voy a entregar los secretos de mi país a ese grupo de criminales, de locos revolucionarios rojos, encabezados por el paranoico del doctor Espada. La muerte no me aterra. Sólo temo por mi hija, que está en inminente peligro. Y ni siquiera por ella me siento capaz de traicionar a mi patria —aseguró con voz firme.

—Admirable..., pero estúpido y poco práctico. Recuerde a nuestros compañeros Quincy y Durham... Recuerde sus alaridos espeluznantes, cuando los tiburones destrozaban sus piernas a dentelladas...

Kinley arrojó sus gafas con ira sobre el pliego de papel que tenía sobre la mesa.

—Precisamente porque les he visto morir de esa forma alucinante... no puedo entregar a esos locos los secretos estratégicos de mi país.

—¿Cómo puede ser tan loco? —gimió Koyle—. El doctor Espada nos ha respetado hasta ahora porque Quincy y Durham confesaron que usted era el ingeniero de montaje y yo su ayudante técnico. Pero nos eliminará, en cuanto se canse de esperar algún resultado práctico.

—Prefiero morir, Fred. Y me avergüenza comprobar que usted tiembla ante la muerte como un cobarde —respondió el anciano.

—Cobarde, cobarde... —Gruñó—. No sea sentimental, Kinley. Nuestro Gobierno nos pagaba unos sueldos miserables, en comparación con nuestro trabajo. ¿Por qué no aceptar la proposición del doctor Espada? Residencias lujosas en algún lugar de Sudamérica, comodidades, protección, riquezas sin cuento...

Un destello de ira brilló en los ojos del doctor Kinley.

—¡Cochino traidor! —exclamó, temblorosas las manos—. Para usted nada significan la patria, los lazos familiares, el honor, ni la tranquilidad de conciencia.

—¡Sentimentalismos trasnochados! —barbotó, excitado, el joven Koyle—. Me da igual que me paguen en pesos o en dólares, si a cambio sigo viviendo. Escúcheme, Kinley, si no dibuja ese dispositivo nuclear... ¡le denunciaré al doctor Espada! Y eso sólo significa una cosa para usted: la muerte. Pero no una muerte rápida y cómoda... Ya conoce la tortuosa mentalidad del doctor Espada. Le matará lentamente y su agonía durará días enteros. Ése será su final, Kinley.

—¿Se atreve hablarme de esa forma, canalla? —gritó Kinley, saltando de su asiento.

—¡Le denunciaré, maldito vejestorio! —chilló Koyle, lívido de ira.

Kinley cayó sobre él y los dos rodaron al suelo, enzarzados en una pelea desigual.

Un golpe pulverizó las gafas de Koyle, que se arrastró a gatas, palpando el piso, ansioso por encontrarlas.

Excitado y colérico, Arthur Kinley agarró a su ayudante por el cuello, dispuesto a ahogarlo.

Pero Koyle era joven y disponía de energías superiores. Un puñetazo en pleno rostro lanzó al anciano contra la máquina reveladora de clichés del laboratorio.

Un estrépito de cristales rotos siguió a la caída de la valiosa máquina, que acababa de pulverizarse sobre el piso metálico.

En aquel momento, la puerta corredera se abrió.

Dos vigilantes, armados de metralletas y vestidos con uniformes verdosos, sin insignias, precedieron al doctor Espada, un hombre bajito e increíblemente obeso, cuyo cráneo era calvo por completo.

La cabeza de Espada, redonda como una naranja, era minúscula, en comparación con su fornido tronco. Carecía de cabellos, de pestañas e incluso de cejas, y su rostro era terso, pálido y barbilampiño.

Sólo los ojos negros y rasgados poseían fuerza y personalidad en aquel rostro grasiento y repugnante.

El dogo que sujetaba con una cadena ladró, furioso, tratando de lanzarse sobre los dos sabios norteamericanos.

—¡Dejen de pelear ahora mismo! —ordenó el doctor Espada, con voz chillona—. Y pónganse en pie. ¿No les da vergüenza, caballeros?

Pero Kinley y su ayudante siguieron enzarzados, impulsados por el odio y la ira.

—¡Sucios capitalistas...! —rezongó Espada—. Son capaces de matarse entre sí..., cosa que no conviene a mis planes.

Soltó al perro y el dogo saltó sobre Koyle, que cabalgaba sobre Arthur Kinley, golpeándole a puñetazos.

El embite del poderoso dogo fue tan brutal que arrojó a Koyle al suelo. Ya se lanzaba el animal sobre la garganta del americano, dispuesto a morder, cuando se oyó el grito del doctor Espada:

—¡Aquí, «Lenin»!

El animal se retiró, obediente, y fue a sentarse entre las cortas piernas de su amo.

—Me disgusta que no obedezcan a mi primera voz, señores —advirtió el gordísimo Espada—. ¿Por qué peleaban?

Koyle se alzó de un salto y señaló a Kinley, con un dedo acusador.

—¡El tuvo la culpa, doctor! Me agredid cuando trataba de convencerle de la conveniencia de colaborar con usted... Me insultó, me llamó cobarde y traidor. No me importa: estoy dispuesto a complacerle, doctor Espada. Puede confiar en mí.

En los cortísimos labios del gordo sudamericano se insinuó un gesto de desprecio hacia Koyle.

Sin embargo, fue al anciano a quien dirigió sus palabras:

—Quiero que me escuche con atención, ingeniero Kinley. Hemos gastado muchos millones de dólares en oro para construir la isla Search, el laboratorio y el resto de las instalaciones. También traerles aquí a ustedes ha resultado un gasto elevado. Ya sabe lo

que espero de ustedes: el diseño de la cabeza nuclear para adaptarla a proyectiles intercontinentales. He sido paciente hasta ahora. En el fondo, admiro a los sabios. Pero no puedo permitir más dilaciones. ¡Quiero que empiece a trabajar hoy mismo, Kinley!

El anciano se alzó del suelo con fatiga e irguió los hombros.

—No vine aquí por mi voluntad, usted lo sabe bien. Un norteamericano renegado me secuestró. Usted me retiene aquí, por la fuerza. Por tanto, no permitiré que nadie me fuerce —declaró con entereza.

Espada dejó escapar una risita desagradable, que hizo temblar su voluminoso y redondo vientre.

—Banley, he de cumplir el objetivo que me he propuesto, aunque para ello docenas de expertos yanquis dejen su piel en esta isla de acero... ¡Todo sea porque la gran Sudamérica se libre del yugo capitalista y demuestre definitivamente su poderío! —gritó exaltado.

—Pero eso... es inconcebible, doctor Espada. No puede conquistarse el respeto y el poder mediante una espantosa guerra atómica —murmuró Kinley, horrorizado.

—Simple palabrería yanqui —dijo Espada, con ridícula suficiencia—. Los proyectiles nucleares servirán para asegurar la hegemonía de nuestra revolución. Y usted va a colaborar conmigo, ingeniero Kinley.

—No lo haré nunca. Si Koyle está dispuesto a colaborar con usted, yo conservo todavía el amor a mi patria y el sentido de la dignidad.

—Piénselo bien —exclamó Espada, tembloroso de ira—. Admiro a los hombres de ciencia, pero los intereses de nuestra revolución están por encima de mi admiración. Medite, Kinley. Si colabora, le espera una vejez descansada y acomodada. Tendrá tanto dinero que nunca podrá gastarlo.

—Su dinero agriaría mi fe en la vida y en la bondad. No puedo hacerlo. Ni física ni moralmente, doctor.

—¿Está decidido?

—Sí —respondió Kinley, seguro de sí mismo, aunque sus manos temblaran de temor y angustia.

Espada miró de arriba abajo al científico. Y de repente su cuerpecillo rechoncho y grotesco se agitó en un ataque de ira.

—¡De acuerdo, estúpido yanqui! —chilló—. «Lenin» se ocupará de prepararlo para los tiburones.

Soltó la cadena y el enorme dogo saltó sobre Kinley y le derribó.

Las fauces babeantes del animal buscaron la garganta del ingeniero.

En aquel momento, las luces se apagaron y el laboratorio quedó en tinieblas.

CAPÍTULO XVI

Blaine alcanzó el final de la escala y quedó de bruces sobre el piso de acero, tras la protección de las planchas del montacargas.

A la luz fosforescente de los paneles luminosos, el policía observó, asombrado, las extrañas construcciones semiesféricas.

Llegaba hasta sus oídos el zumbido monocorde de un motor. ¿Tal vez un alternador, una fuente de energía eléctrica?

Era lo más razonable. Si, como imaginaba, la extraña isla Search permanecía sumergida durante el día, por la noche, sus desconocidos ocupantes deberían reaprovisionarse de fuerza eléctrica y de oxígeno para la siguiente inmersión.

Alzó los ojos y vio arriba la antena de radar girando sin cesar. Por encima del radar se alzaba una elevada torreta que terminaba en algo que tenía la apariencia de una cabina de observación.

Un punto luminoso se movió arriba y Blaine vio confirmada su hipótesis: había un hombre allí, vigilando continuamente el mar y las instalaciones.

Ya se disponía a incorporarse, cuando un rumor metálico le obligó a aplastar el rostro sobre las planchas.

Por el rabillo del ojo vio al vigilante armado, que hacía su ronda alrededor del más próximo hongo de acero.

Blaine contuvo el aliento y alzó apenas su metralleta cuando el centinela llegó hasta el montacargas.

En insoportable tensión, transcurrieron veinte segundos. Luego, se oyó el rumor de los pasos, alejándose.

En silencio, Blaine se dejó deslizar y descendió de nuevo por la escala metálica...

Expulsó el aire contenido en sus pulmones y aspiró con ansia.

¿Qué podía hacer?

Si subía a la plataforma, el vigilante de la cabina elevada le descubriría. E inmediatamente dispararía y daría la alarma.

Reflexionó. ¡Tenía que haber una solución! Y la encontró.

Oculto en la abertura que daba acceso a la plataforma, desde el mar, esperó hasta que los pasos del centinela de la plataforma volvieron a escucharse, aproximándose.

Entonces, golpeó con su metralleta en el metal en varios toques sucesivos y rápidos.

El centinela rodeó el montacargas y miró hacia abajo por la abertura de la escala.

Nada. Todo estaba en orden. Y entonces volvieron a repetirse los golpes.

El hombre parpadeó, intrigado. Y luego se asió a la baranda de protección, y comenzó a descender la escala.

En la oscuridad, Blaine aprisionó su cuello, asiendo su metralleta con las dos manos, y apretó con todas sus fuerzas.

El centinela forcejeaba, desesperado. Pero sólo fueron unos instantes. Luego, su cuerpo se relajó y sus músculos cedieron, flácidos: estaba muerto.

No fue fácil desprenderse del traje de goma y cambiarlo por el uniforme de aquel hombre. Para ello, Blaine tuvo que sujetar el cadáver a la escala, mediante el propio cinturón de su víctima.

Tres minutos después subía los peldaños y alcanzaba la plataforma, llevando entre sus manos la metralleta del centinela.

En los primeros momentos, todos sus sentidos permanecieron en tensión, mientras miraba de reojo hacia la cabina elevada de vigilancia.

Pero el hombre que permanecía allí no parecía haber notado nada anormal: la brasa de su cigarrillo brillaba a intervalos, en lo alto.

Blaine bajó sobre sus ojos la visera de su gorra de uniforme y anduvo despacio, imitando los movimientos del centinela, hacia la más próxima construcción semiesférica.

La rodeó y se detuvo ante los redondos ojos de buey, a través de los cuales se escapaba luz.

Miró y lo que vio le dejó rígido de sorpresa. ¡El ingeniero Arthur Kinley y su ayudante Fred Koyle!

De espaldas, Blaine contempló a los dos centinelas armados y al

hombrecillo obeso que parecía dominado por la ira.

¿Dónde estaban los expertos nucleares Quincy y Durham?

Una cosa era clara para Blaine Kellow: no podía perder un solo segundo. De un momento a otro, tal vez llegase el relevo del centinela al que había eliminado.

Volvió sobre sus pasos simulando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir. Y vio la puerta.

Estaba compuesta por dos hojas de acero deslizantes. Pero no había cerradura ni ningún otro dispositivo de cierre vulnerable, por lo que Blaine dedujo que la puerta debía accionarse por algún mecanismo electrónico.

Desesperado, Blaine buscó una solución. Y de repente, volvió a pensar en aquel zumbido monótono, que había escuchado desde el primer momento.

Rodeó el gran hongo metálico, guiado por aquel zumbido, y se detuvo ante la construcción acorazada, dotada de ventanillas de respiración: ¡allí estaba el poderoso alternador, que suministraba energía eléctrica a la isla Search!

La puerta, oblonga, estaba cerrada, pero a través de la rejilla de aireación, sus ojos contemplaron el gran motor de explosión, funcionando trepidante.

Sólo había una forma de detenerlo. Y Blaine la puso en práctica: introdujo el cañón de la metralleta entre los barrotes, apuntó cuidadosamente al tanque de combustible y disparó.

La llamarada qué brotó por la rejilla chamuscó sus pestañas y le obligó a retroceder de un salto.

Los paneles luminosos del piso se apagaron y todo quedó en tinieblas, iluminado apenas por el fulgor que escapaba del compartimiento de máquinas.

Una carrera le llevó hasta, el laboratorio cuando, desde lo alto de la cabina de vigilancia, brotaban las cárdenas llamaradas de los disparos de una ametralladora.

Súbitamente, se produjo la potente explosión. Tan fuerte, que Blaine sintió arrancados sus pies del suelo, y fue arrojado por los aires, a muchos metros de distancia.

A su alrededor, la plataforma quedó convertida en un mar de llamas.

Muy cerca, resonaron unas órdenes en español. Blaine se

incorporó y vio que dos hombres armados empujaban fuera del laboratorio al ingeniero Kinley y a su ayudante.

Coincidiendo con ello, unos veinte hombres, que portaban metralletas, abandonaron otra de aquellas construcciones metálicas.

En el centro de la plataforma, el grueso doctor Espada gritaba y gesticulaba, como un poseído del diablo.

—¡Eh, tú! ¿Qué diablos haces aquí...? —gritó uno de los hombres que escoltaban a los dos científicos norteamericanos—. ¡Levántate y ayúdanos, estúpido!

Blaine se incorporó despacio. Había perdido su gorra y sabía que en cuanto se aproximara aquellos hombres descubrirían que, bajo su uniforme, se ocultaba un intruso.

Entonces su metralleta escupió fuego y los dos centinelas cayeron a tierra, chillando de forma alucinante, sobre un charco de gasolina en llamas.

Su acción tuvo la virtud de inmovilizar durante dos segundos a los hombres del doctor Espada, que gritaba ya con su vocecilla aguda:

—¡Ese hombre... es un intruso! ¡Disparen, disparen sobre él a matar!

Blaine vio el gesto de incredulidad en el rostro de Kinley y su ayudante. Arriba, la metralleta del vigilante de la cabina elevada escupió plomo y las balas arrancaron chispas sobre el piso metálico.

Koyle exhaló un alarido y cayó al suelo, mientras Kinley permanecía inmóvil, incapaz de la menor reacción.

Así estaba cuando Blaine le empujó al vacío. Quince metros más abajo, las frías aguas del océano acogieron los dos cuerpos.

Blaine se libró de su guerrera de uniforme y taloneó, ansioso, hacia la superficie, buscando a Kinley.

Le agarró por los cabellos cuando ya el científico tragaba agua salada, a punto de ahogarse.

La niebla envolvía la extraña silueta de la isla de acero, en cuya plataforma seguían sonando los gritos del doctor Espada.

El resplandor rojizo de las llamas se filtraba por el agujero del montacargas y permitía ver las siluetas de los hombres que descendían ya por la escala.

Blaine pensó en Pam. Miró su reloj sumergible de esfera luminosa y comprobó que apenas habían transcurrido treinta y

cinco minutos. ¡Faltaban veinticinco para que Pam emergiese del océano con el «Rapid Shark»...!

—Serénese —gritó a Kinley, que se debatía débilmente junto a él—. ¡Tiene que resistir!

—No... sé... nadar —murmuró el científico, por encima del rumor de las olas.

Algo rozó sus piernas bajo el agua y Kinley lanzó un alarido estrangulado, al pensar en los tiburones.

Sin embargo, lo que tenían bajo sus pies les elevó y Blaine palpó, asombrado, las planchas de la proa del «Rapid».

Un momento después, la embarcación flotaba sobre las aguas y la escotilla de popa se abría.

Una pálida y angustiada Pam asomó por allí.

—¡Aprisa, aprisa...! —exclamó Blaine—. Esos tipos han alcanzado el submarino y se disponen a cazarlos.

Kinley resbaló hacia abajo y quedó sobre el piso del camarote, jadeante y exhausto. Blaine dejó que su hija lo atendiera y penetró en la cabina de navegación.

Cerrada la escotilla, Blaine pulsó la palanca de inmersión y el «Rapid» desapareció en la profundidad de las aguas.

Pam, que buscaba una botella de coñac para reanimar a su padre, quedó asombrada, al ver que Kellow estaba vistiéndose el otro equipo de hombre-rana.

—¡Blaine! —gritó, temerosa—. ¿Qué te propones?

—Poca cosa —respondió él, grave—. Voy a volar la isla Search antes de que el submarino pueda abandonarla y perseguirnos.

—¡Dios santo! ¡Eso es... una locura, Blaine!

—Locura o no, es lo que voy a hacer. El «Rapid» no puede competir con un submarino preparado para la guerra, ¿comprendes?

Pam le miró, angustiada. Pero no dijo nada: Blaine torcía ya el timón y el «Rapid» se deslizaba bajo las aguas, aproximándose de nuevo a la isla de acero.

La embarcación emergió a doscientos metros de los pilotes metálicos.

—Voy a salir, Pam —advirtió el

G-Man

—. En cuanto esté fuera, cierra la escotilla, sumerge el «Rapid» y

aléjate. Dentro de... veinte minutos deberás encender una bengala, desde la superficie. Si tardo más de cinco minutos en abordar el «Rapid», sumérgete y huye hacia la costa.

Pam se aferró, desesperada, a su brazo.

—¡Por Dios, Blaine... vuelve! —gimió.

Kellow la besó en los labios, bajó el visor y ascendió hasta la popa, llevando la carga de explosivo plástico sujeta al cinturón de caucho.

Las lágrimas afloraron a los bellos ojos de Pam Kinley. Sin embargo, debía obedecer las órdenes de Kellow. Y las obedeció.

A unas tres millas de la isla Search, el «Rapid» se inmovilizó. Pam y Arthur Kinley aguardaban, expectantes, dominados por la tensión y la angustia.

—El dijo que debíamos escapar, hija. No se ha escuchado ninguna explosión. Y ello solo tiene una traducción... —dijo Kinley—. La bengala hace mucho que se extinguió. Creo que... no queda mucha esperanza.

—A pesar de todo, esperaré —decidió Pam, por encima del horror y la desesperanza.

Salió a popa, y escrutó las negras aguas del océano. Un fulgor vivísimo, cegador, surgió en aquel momento.

Pam lanzó un gritito al notar que algo viscoso oprimía sus manos. Y de repente, Blaine saltó a cubierta, y la empujó por la escotilla.

—Aprisa, pequeña. Las olas provocadas por la explosión podrían hacer zozobrar al «Rapid» —exclamó él, tan tranquilo, que Pam quedó pasmada de asombro.

Detrás de ellos, las entrañas del océano seguían agitándose, en violentas explosiones: la isla Search había desaparecido para siempre.

CAPÍTULO XVII

El «Cadillac» frenó suavemente a la entrada del coto, y Gordon Agnew tocó el claxon dos veces, hasta que Hunchinson, el guarda, apareció a la puerta de su cabaña.

—Ah, míster Agnew —exclamó alegremente Hunchinson—. Veo que, al fin, ha decidido escuchar mi aviso. Vi algunas manadas de gamos hace ya unas dos semanas. ¿Cómo no vino antes?

Gordon Agnew le miró con simpatía.

—Bueno, amigo Hunchinson, digamos que tuve que hacer algunas cosas urgentes. El amigo que me acompaña es míster Jack Garber —respondió.

Garber estrechó la mano del guarda, y mostró su licencia de caza.

—Dejaremos el coche aquí —dijo Agnew—. Volveremos hacia mediodía.

—Muy bien. Le diré a Helen que meta una docena de latas de cerveza en el frigorífico. Les deseo suerte en la caza.

—Gracias. Y por cierto, Hunchinson: es posible que alguien llame por teléfono a su cabaña. Si es así, ¿tendrá inconveniente en disparar tres tiros consecutivos?

—Por supuesto que lo haré así, míster Garber —respondió el guarda.

Gordon Agnew sacó sus rifles, y se los colgó a la espalda. Tras lo cual, él y Garber se alejaron alegremente a través del sendero que se perdía en la floresta, tupida y verde.

Media hora después, Gordon extrajo uno de sus rifles de caza.

—Vaya, vaya, Gordon —dijo el SAC Garber—. No me habías dicho nada acerca de esa nueva adquisición.

—Ah, sí... Es un «Marlin» automático, de poco peso, con visor

telescópico. Un arma muy eficiente.

—Es curioso —observó el hombre del FBI—. Dos personas fueron asesinadas recientemente en Los Angeles, con un rifle de esas características...

Gordon parpadeó, desconcertado. Sus ojos bondadosos habían lanzado un destello extraño. Con disimulo, se separó unos pasos de Garber.

—Acabo de recordar a Arthur Kinley, el viejo amigo. ¿Le recuerdas, Gordon? —insistió Garber, cambiando de tema.

—Es verdad —asintió Gordon—. ¿Dónde anda el bueno de Kinley?

—A estas horas, su avión estará tomando tierra en Los Angeles.

Gordon dio un brinco de sorpresa. Su «Marlin» cubría a Garber, sin disimulo.

—Es curioso, Gordon. Kinley fue secuestrado, así como otros cuatro expertos en energía nuclear. Lo curioso es que tú visitaste a cada uno de esos hombres, poco antes de que fueran raptados —siguió Garber.

Gordon movió la palanca de su magnífico «Marlin».

—Comprenderás ahora por qué te traje de caza, Jack. Y también la razón de que te pidiera que no trajeras tus armas —silabeó Gordon.

—Lo comprendo. Hace algún tiempo que sospechaba de ti, Gordon. Te resentiste cuando el Ejército te licenció. Con Margaret, eras un hombre rico, pero ella consiguió el divorcio... y tuviste que buscar una nueva fuente de ingresos.

—Exacto, querido Jack: había vivido en la opulencia, y no podía ser pobre. Además... odiaba a los que me apartaron del servicio activo. Un hombre llamado Espada me propuso cierto negocio. Yo conocía a Kinley, a Quincy, a todos... Incluso a Bentley. Y me serví de ellos para ganar mucho dinero. Dinero que no pienso perder, Jack. Y por ello, debo matarte.

Gordon Agnew alzó el rifle, y apuntó al corazón de Garber.

* * *

A quinientos metros de allí, Blaine Kellow frenó en seco su «Toyota», y agarró su rifle de un zarpazo. Pam le siguió a la carrera

hasta la colina desprovista de vegetación.

A través del visor de su rifle, recorrió, ansioso, las estribaciones del monte, hasta descubrir las siluetas de Agnew y de Garber, en un claro.

—Pide que mi pulso sea firme, Pam, amor mío —susurró, clavando una rodilla en tierra.

Disparó, apuntando al pecho de Gordon Agnew. Y al ver que se derrumbaba, lanzó un grito de júbilo, y arrastró a Pam hasta el coche.

Cinco minutos después, llegaban junto a Garber, inclinado sobre el cuerpo de Gordon Agnew.

—Está muerto —murmuró Garber, muy pálido. Y se incorporó—. Excelente puntería, Kellow. Gracias a usted, continúo respirando. Por un momento, temí...

Se interrumpió, mirando, intrigado, a Kellow.

—Pero no comprendo cómo llegó a saber que Gordon Agnew era culpable... —dijo.

Blaine sonrió.

—¿Olvida que fui yo quién tomó el teléfono, el día en que Agnew le propuso la partida de caza? Me pareció extraña su proposición: *«no es necesario que traigas tu rifle, Jack». «Podrás usar mi recién adquirido “Martin”»*. Con un «Marlin», fueron asesinados Steve García y Anthony Rys, ¿recuerda? Aparte de ello, usted me comunicó que Agnew había pospuesto la partida de caza... precisamente cuando alguien trató de asesinarnos en el puerto de Caracas... Lo demás fue simple deducción. Lo importante es que no me equivoqué. El era místico «G».

—Cierto —asintió Jack—. Tendremos que volver al refugio de Hunchinson, y ordenar el traslado del cadáver de Gordon. Tal vez, después, nos sea posible reanudar la partida de caza.

Blaine tomó por la cintura a Pam, y la besó con la mayor frescura.

—En cuanto a mí, señor Garber, creo que ya he capturado la mejor presa —aseguró.

Pam y él se alejaron, riendo alegremente.

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS 100 000*, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...

Notas

[1] En inglés: Eres la muchacha más bonita del mundo. < <